



BIRGIT KLUGER

Tormentas

y amor en navidad

TORMENTAS Y AMOR EN NAVIDAD

BIRGIT KLUGER

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Su corazón latía como un loco. Se colocó la faja rápidamente, lo que hizo que su barriga aumentara considerablemente de tamaño. Había más de treinta mil dólares escondidos en ella. Un dinero que no le pertenecía. Shelley se puso el grueso abrigo rojo y se colocó el gran gorro culminado en una borla que cubrió su cabello rubio por completo, se tocó la barba y estiró los hombros. Hubiera preferido quedarse allí, en la relativa seguridad que aquellos servicios públicos le deparaban, pero eso no era posible. Tenía que desaparecer, y rápidamente.

Abrió la puerta y miró al exterior cautelosamente. Hasta ella llegó el sonido de la música navideña. La antigua y clásica *White Christmas*, cantada por Bing Crosby. Le encantaba aquella canción, pero en aquellos momentos no tenía tiempo de deleitarse con un anticipo de las fiestas, al contrario. Tendría suerte si llegaba a casa de una pieza.

En los pasillos del centro comercial, la locura prenavideña seguía su frenético ritmo. Los adictos a las compras se empujaban y hacían muecas cuando se veían forzados a parar detrás de alguien que pasaba por delante de los escaparates. Había que ocuparse de los últimos regalos, organizar la comida y comprar los suministros. Las prisas flotaban en el aire. Eso le venía bien a Shelley, así sería más difícil que dieran con ella. Afortunadamente, no se veía a los dos hombres que, armados con radioteléfonos, la buscaban. Se encajó el sombrero hasta la frente y, luego, salió al pasillo y se mezcló con la gente que realizaba sus compras.

—Maman, Maman! Le Papa Noël! —Un niño la señaló con el dedo, emocionado, se puso a dar saltos a uno y otro lado, y se interpuso en su

camino.

—Est-ce que nous pouvons faire une photo avec vous? —preguntó la mujer de pelo oscuro que llevaba un costoso abrigo de piel y agarró al pequeño por los hombros. Hablaba francés, lo que no era de sorprender, ya que Lac-Mégantic se encuentra en El Quebec. Lo malo era que Shelley no sabía ni una sola palabra en francés excepto «merci».

—¿Puede repetirlo en inglés? —preguntó educadamente, aunque todo en su interior le urgía a desaparecer lo antes posible. Pero no podía hacer eso. El pequeño se había plantado frente a ella y la miraba con los ojos bien abiertos. Si lo empujaba y se marchaba, el espectáculo que se iba a montar estaba asegurado.

—¿Puede hacerse una foto con nosotros? —repitió su madre en inglés.

—Oh. Por supuesto. Con gusto dentro de media hora. —Shelley fingió mirar su reloj. Aquello le interesaba menos aun que la hora que fuera— Delante de la tienda de fotos. —Señaló hacia la tienda, que había visto mientras caminaba, y al mismo tiempo trató de apartar al niño disimuladamente. Con la mirada, buscó el pasillo que tenía delante de ella.

—Maman! —Como una ametralladora, el pequeño profirió varias palabras en francés. Por su expresión, Shelley pudo percibir que estaba decepcionado. Parecía que no tenía un muy buen concepto de las Papá Noel femeninas.

De acuerdo. Es hora de largarse de allí. Antes de que el chico pudiera decir algo más, Shelley se marchó a paso veloz. ¿Por qué se había parado a hablar? Ahora todos, en un radio de cien metros, sabían que una mujer vestida de Papá Noel deambulaba por el centro comercial.

Solo había que largarse de allí. Salir de aquella ratonera en la que no quedaba otra cosa que hacer para atraparla que colocar un hombre en cada una de las entradas. Cansada, aminoró la velocidad. Ya había llamado suficientemente la atención. Así que trató de dirigirse hacia la salida todo lo relajada que le fuera posible. Como si fuera un Papá Noel normal dirigiéndose a su próxima sesión de fotos. Sin embargo, empezó a sudar bajo el grueso abrigo rojo.

Diez pasos más. Una mujer se le aproximaba de frente, con el móvil pegado a la oreja. Casi chocaron, solo hacerse al lado con rapidez salvó a Shelley de la colisión. Rozó levemente el brazo de la mujer, murmuró «perdón» y continuó. El móvil de Shelley se encontraba ahora en el gran bolso que colgaba del brazo de la mujer. Probablemente tardaría un tiempo en

encontrarlo en aquella bestia. Los latidos del corazón de Shelley se calmaron. Un poco. Ahora sus perseguidores pensarían que aun estaba en el centro comercial. Al menos, si sus sospechas eran ciertas, y se la había localizado en el centro comercial por el teléfono móvil.

Cinco pasos.

Dio la vuelta a la esquina, solo había un par de metros hasta la salida y desde allí llegaría de inmediato al aparcamiento. Había un guardia de seguridad con uniforme negro a un lado de la puerta. Volvió el rostro hacia la gente que, como ella, se dirigía hacia la salida. Lo había reconocido. Era uno de los hombres de Tyrone Dane. Tyrone era el hombre al que había robado treinta mil dólares.

¡Maldita sea! Shelley sentía que el tipo de seguridad con su visión láser podía ver a través de su barba. Esperaba que no se diera cuenta de que bajo el disfraz se escondía una mujer y no un hombre.

Pasó junto a él lo más despacio posible, profirió un profundo «ho ho ho» y abrió la puerta. Ya estaba fuera. Los copos de nieve bailaban suspendidos en el aire frío. Pequeños copos, apenas más grandes que gotas de agua. Sin embargo, solo eran los primeros precursores.

Estaba nevando. Pequeños y desagradables copos que volaban como moscas hacia el parabrisas para quedarse allí pegados y luego deslizarse hacia abajo dibujando finas y húmedas estrías.

Maldita nieve.

Blake puso el limpiaparabrisas a trabajar a más velocidad. Cuanto antes llegara a Miami y escapara a todo aquel circo navideño, mejor. Respiró profundamente. Los dos días que había pasado con su hermana habían sido una agonía. A diferencia de él, Tammy celebraba la Navidad para complacer a sus hijos. Por eso pasaba unos días allí cada año, entregaba los regalos y luego se iba en coche a Miami. Claro que sería más rápido en avión, pero le gustaba conducir. Durante todas las horas que duraba el trayecto, podía perderse en sus pensamientos, marcarse metas para el próximo año y elaborar estrategias.

En dos días estaría en Florida, en un lujoso apartamento con vistas sobre la ciudad, haciendo lo que más le gustaba en aquellas fechas. Pasar las fiestas bebiendo bajo un inexistente árbol de Navidad.

Más copos bailaban suspendidos en el aire. Los limpiaparabrisas

trabajaban como locos, pero apenas lograban mantener limpio el parabrisas, tan intensa era la nevada. Maldita sea. Si no querías sopa, toma ahora dos tazas. ¡Una Navidad blanca! El solo pensamiento le provocaba ira. Aquella estúpida fiesta no era más que una enorme máquina comercial de hacer dinero. Creada para ganar todo lo que fuera posible y hacer sentir culpable a la gente que no se dejaba impresionar. Pero no a él. Se había percatado de aquella falacia hacía mucho tiempo. O, para ser más preciso, aquella falacia había revelado hace mucho tiempo la verdad que escondía tras de sí. No había un Dios benévolo y bien intencionado. Así como tampoco reinaba en el aire la armonía y el amor en aquellos tiempos. Por fuerza lo sabía. Como abogado especializado en divorcios, siempre tenía mucho que hacer a finales de diciembre.

Una figura al borde de la carretera se materializó repentinamente entre el torbellino blanco.

Naturalmente.

Un Papá Noel.

Bueno, ¿y qué si no?

El tipo se dirigía hacia un objetivo misterioso con la cabeza gacha. Parecía cansado, lo que no era de extrañar, porque Lac-Mégantic, la ciudad situada a orillas del lago homónimo, se hallaba justo detrás de ellos. ¿Adónde iba aquel cretino? Blake redujo la velocidad. Ahora estaba a la misma altura que el hombre y conducía a su lado siguiéndole el paso. Todo en Blake lo impulsaba a proseguir, pero con aquel tiempo sería mejor que lo llevara consigo. Mientras tanto, la temperatura había descendido a cero grados. Y todo apuntaba a que aun haría más frío. Aunque no le gustaba la Navidad, no quería cargar con un Papá Noel sobre su conciencia.

—¿Puedo llevarte? —preguntó y esperó encarecidamente a que la respuesta fuera «no».

El tipo levantó la vista. Su barba cubría completamente la parte inferior de su cara. Llevaba el gorro bien incrustado en la frente. A excepción de unos grandes ojos azules y una nariz estrecha, no se veía nada.

—No, gracias —contestó una voz que no sonaba nada masculina.

Papá Noel era una mujer.

—¿Adónde va? —Blake se detuvo, aunque había recibido la respuesta esperada. Hacía demasiado frío para dejar allí fuera deambulando a alguien

que solo llevaba un abrigo de lana mojado. Con ello se esfumaban sus esperanzas de disfrutar de un viaje tranquilo durante el cual podría perderse en sus propios pensamientos.

La mujer se detuvo y lo miró desconfiada. Probablemente pensaba que era un violador en busca de una víctima. En una carretera por la cual pasaba un coche cada media hora y que no solía ser transitada por peatones.

—Es estadounidense —constató.

—Sí. ¿Qué es lo que me ha delatado? ¿Mi intachable inglés?

—No, su matrícula. —Ella todavía lo miraba con una mirada más desconfiada de lo que la situación requería.

—Súbase al coche. La llevo. —Hizo una pausa. Solo ahora se percataba de lo cerca que estaba de la frontera con los Estados Unidos, y que ya no sonaba como un nativo— ¿Quiere ir a Woburn o cruzar la frontera?

Ella lo miró.

—Cruzar la frontera —dijo lentamente.

—¿Y quería ir hasta allí andando?

—No tenía ningún plan.

—Vamos, entre.

Ella dudó. Qué inteligente por su parte, ¿qué mujer se subiría al coche de un extraño?

—¿Por qué no hace una foto de mi matrícula y se la envía a sus amigos? Así todos sabrán que está conmigo. Y si resultara que soy un asesino en serie, pronto darían con mi persona. Yo también me estoy arriesgando. ¿Quién me dice a mí que no está huyendo de la policía? Después de todo, se dirigía a la frontera a pie.

Ella lo escrutó con la mirada. Blake sabía que no parecía un criminal. La mayoría de las mujeres incluso lo encontraban bastante atractivo. Pero la desconocida, con aquella gorra roja y aquel enorme abrigo rojo que se extendía sobre una gran barriga, no resultaba tan fácil de impresionar.

Ella asintió vacilante con la cabeza. Probablemente porque la nevada se intensificaba y se percataba de lo desesperada que era su situación.

—No soy una criminal.

—Me alegra oírlo.

—Haré una foto de su matrícula — anunció y fue a la parte de atrás. Transcurrió un tiempo, pero luego ella se dirigió a la puerta del pasajero, la abrió y examinó el asiento de cuero con una aversión que Blake no pudo explicarse.

—No puedo sentarme en él. Lo voy a echar a perder —dijo y arrojó luz sobre el asunto—. ¿Tiene una manta o algo para poner sobre el asiento?

—Espere un momento. —Salió y se dirigió al maletero. Típico de las mujeres. Aun no se había sentado en el coche y ya estaba causando complicaciones. Por suerte, no llevaba mucho equipaje. Una maleta y una caja de seis botellas del mejor whisky. No era que no pudiera conseguir bebidas alcohólicas en Florida. Pero aquel whisky era algo muy especial, algo que no se podía comprar en cualquier parte. Detrás, doblada, había una vieja manta de lana. La cogió, se dirigió al lado del pasajero y la extendió sobre el asiento.

—Aquí tiene, esto debería servir.

Ella aun seguía vacilando.

—El abrigo está empapado —dijo.

—Quíteselo. Lo pondré en el maletero.

Ella asintió. Todavía vacilaba, pero tenía que reconocer que era mejor deshacerse de aquel trapo mojado. Lentamente, se quitó el abrigo y se lo tendió a Blake.

—Muchas gracias —dijo con una sonrisa. Una sonrisa que lo inmovilizó por un momento, porque transformó su cara. Le dio un brillo a sus ojos que no había visto antes. Le hubiera encantado saber cómo era sin aquella ridícula barba y el gorro que se había incrustado hasta la frente.

—No se preocupe —Blake rodeó el coche y puso el abrigo en el maletero. Luego montó y encendió el motor. Aunque su sonrisa lo había turbado, quería deshacerse de su acompañante. Cuanto antes mejor.

—Gracias por llevarme con usted —dijo ella, como si fuera necesario darle las gracias de nuevo.

—Está bien. No podía dejarla aquí hasta que muriera congelada al borde del camino. —Se volvió hacia ella— Creo que podemos prescindir de tratarnos con tanta formalidad. Al fin y al cabo, vamos a cruzar la frontera juntos. Me llamo Blake.

—Shelley. Soy Shelley."

—Encantado de conocerte, Shelley. Espero que hayas traído tu pasaporte.

—Sí, lo tengo.

—De acuerdo. Ponte el cinturón de seguridad. Nos vamos.

A pesar de su reticencia inicial, Shelley se alegraba de estar sentada y

calentita dentro del coche. El grueso abrigo rojo no estaba hecho para ser usado en la nieve. La lana estaba empapada de agua. Antes de que Blake llegara, se había congelado hasta tal punto que había considerado pedir ayuda en la siguiente mejor casa. Desafortunadamente, en mucho tiempo no había encontrado ninguna vivienda. Blake había llegado en el momento justo, porque no habría soportado la humedad y el frío por mucho más tiempo.

Aunque se alegraba de que la hubiera recogido, no podía librarse de del nerviosismo que la embargaba por dentro. ¿Y si fuera uno de sus perseguidores? Su corazón se paró solo al imaginarse un par de carreras más. Por suerte, no parecía estar aliado con Tyrone. Blake iba demasiado bien vestido para eso, se conducía de una manera que demostraba que tenía dinero y que había recibido una buena educación, mientras que Tyrone daba más bien la impresión de pertenecer a la mafia. Pero, tal vez, se había dejado deslumbrar por el buen aspecto de Blake, tal vez, ese era el truco para ganarse su confianza. Era guapo. Y eso se quedaba corto para describirlo, porque Blake podría haber sido sin más uno de los hermanos Hemsworth. Con su cabello rubio oscuro, de longitud media, sus ojos castaños claros y su llamativo mentón, su apariencia se quedaba grabada en la memoria. Cuando había rodeado el coche y puesto la manta en su asiento, había tenido la oportunidad de hacerle mentalmente una instantánea. Medía al menos un metro noventa, practicaba regularmente deporte y llevaba una ropa que costaba más de lo que Shelley ganaba en un mes. Lo delataron el suéter de cachemir rojo oscuro, los vaqueros de diseño y los zapatos hechos a mano. Su coche también mostraba que su cuenta bancaria estaba a rebosar. El Porsche que Blake conducía, no estaba disponible por un importe de seis dígitos.

Seguro que no tenía malas intenciones, trató de calmarse, de lo contrario él no le hubiera sugerido que fotografiara la matrícula. Por supuesto, fingió hacer una foto. Solo para asegurarse. Todo fue un farol, porque su celular estaba en el bolsillo de una desconocida. Una mujer que, con suerte, aun estaría de compras en el centro comercial y llevaría al retortero a los perseguidores de Shelley.

Reinó un silencio absoluto por espacio de cinco minutos, interrumpido solo por el sonido del limpiaparabrisas.

Diez minutos.

¿Qué le pasaba a aquella mujer? ¿No debería haberlo llevado ya hace tiempo al borde de la desesperación con su incesante parloteo?

Quince minutos.

Él la miró. Shelley miraba al parabrisas fijamente. Llevaba el gorro aun incrustado en la frente, de manera que apenas se distinguía su rostro. Estimaba que debía rondar los veinticinco años, su piel clara estaba libre de arrugas. Al menos eso podía ver. Su boca aun estaba cubierta de una barba falsa que no revelaba nada. ¿Tal vez tenía los labios estrechos, con unas comisuras caídas, pero quizás tuviera una boca llena y sensual?

¡Qué tontería! Debería dejar de preocuparse por cómo se veía cuando no iba por ahí vestida de Papá Noel. No importaba si bajo el disfraz se escondía una belleza o una mujer de aspecto corriente.

—¿Adónde te diriges? —se le escapó la pregunta que no debería haberle planteado. Ya que debería alegrarse de que reinara el silencio, de que ella no hablara sin interrupción. Además, a él no le incumbía cómo se había metido en aquella situación. Porque una cosa estaba clara: tras todo aquello solo se escondía la triste historia de un hombre que la había tratado mal. Probablemente no le gustaba su gato o estaba molesto por el polvo de las plantas artificiales de su apartamento, pensó Blake cínicamente.

—Al Polo Norte —respondió Shelley.

Vale, aquella no era la reacción que estaba esperando.

—De ahí viene Papá Noel, ¿no? —agregó. Aparentemente, se había dado cuenta de que él no había entendido la broma.

—Oh, ya veo. Sí, bueno, tan lejos no voy —murmuró bastante seguro de que ahora ella estaba poniendo los ojos en blanco, como hacen siempre las mujeres cuando un hombre no entiende lo que realmente ha querido decir con su particular observación.

—Lo que quise decir es que me llevaras lo más lejos posible de aquí —le explicó.

—Ya me lo había imaginado —mintió. ¿No podía haber dicho eso simplemente?—. En media hora estaremos en Coburn Gore, eso está apenas pasada la frontera americana. Puedo dejarte allí. —añadió solo para dejar claro que no la llevaría hasta los confines del mundo.

—Gracias. No te preocupes, no te molestaré más. Me perderás de vista en Coburn Gore.

—Vale —gruñó. Evidentemente él debería haber protestado en aquel momento. Al igual que siempre lo hacían sus compañeras de género. Algo como: «No, no vas a ser una carga. Tu presencia me enriquece». Alguna mierda así. Que no quería decir otra cosa que: «No puedo esperar a librarme de ti». Mejor que supiera ya a qué atenerse.

El silencio volvió a cernerse sobre ella.

—¿Te importa si enciendo la radio? —le preguntó él por pura cortesía.

—No. Por supuesto que no. Yo... haz como si no existiera.

Sin problemas. Fingir que no existe. En un coche deportivo cuyo interior no era particularmente grande, y que ella ocupaba envuelta en una manta. Y entonces se propagó su olor, un olor como naranjas y a otra cosa. Algo que olía a Navidad. ¡Canela!

Le acudieron las imágenes. Recuerdos de Navidad. Para la mayoría de la gente, tales recuerdos eran algo valioso, hermoso. Para él no.

Sonaba *Last Christmas* de George Michael. ¿Por qué había encendido la maldita radio?

—Me encanta esta canción —suspiró Shelley junto a él justo cuando alargaba la mano para buscar otro canal. Retiró la mano. Se había expresado con tanta nostalgia en la voz, que no tenía corazón para cambiar de emisora. Además, ya había sido bastante con descortés ella. Así que allí estaba sentado. En su coche. Junto a una mujer vestida de Papá Noel, oyendo la canción navideña más empalagosa del siglo, oliendo a naranja y a canela. Si no hubiera tenido que mirar por dónde iba, se habría golpeado la cabeza

contra el volante.

Su plan había sido el de escapar de aquel circo navideño. En lugar de eso, ahora lo llevaba consigo. Lo único que le faltaba era un puto árbol de Navidad en el maletero, y la pesadilla sería perfecta.

Un coche tan deportivo como aquel era muy poco espacioso. Con el disfraz y la enorme barriga que cargaba, Shelley apenas podía moverse. Además, aun estaba congelada, a pesar de que Blake ya había subido la temperatura de la calefacción. Hubiera preferido quitarse la barba falsa y el estúpido gorro, pero no se atrevió. Aunque durante una eternidad no había visto otro coche, eso no significaba que estuviera a salvo.

Así que seguía muerta de frío y esperaba que no volvieran a poner ninguna canción navideña más en la emisora de radio. Decir que le gustaba la canción había sido un error, pero se le había escapado el comentario. La canción *Last Christmas* de George Michael la acompañaba desde su infancia. Le traía recuerdos. Buenos recuerdos.

A Blake, sin embargo, no le gustaba la canción. Solo después de haber hecho aquel irreflexivo comentario, se percató de que él había retirado la mano. Quería cambiar de emisora.

Después de George Michael le tocó el turno a Michael Bublé. Sonaba otra empalagosa canción navideña. Parecía que Blake quería estrangular al cantante.

—¿Cambio de canal?

—¿Qué? No. Está bien —respondió él. A pesar de sus palabras, su expresión parecía igual a la que tendría si acabara de morder un limón extremadamente amargo. Shelley conocía a aquel tipo de hombre mejor de lo que le habría gustado. Blake era uno de aquellos que odiaban la Navidad, sencillamente porque no soportaba las celebraciones familiares. Si tuviera hijos, probablemente sería el primero en poner millas de distancia y abandonar a su esposa sin pasarle ni un centavo para la manutención de los pequeños o volver a contactar con ellos. No, desaparecería de escena y dejaría a la familia en la estacada. Como hacían todos los imbéciles con los que lidiaba todos los días.

El pensamiento hizo que la embargara una sensación de felicidad. Al fin era capaz de pensar con claridad otra vez. Había sido capaz de clasificar a aquel hombre a pesar de su aspecto.

—Bien —dijo ella, esperando que odiara profundamente cada estrofa de la canción.

Pasó media hora. Aun no se veía nada excepto los copos blancos que golpeaban el parabrisas.

—¿No deberíamos haber cruzado la frontera hace tiempo? —preguntó Shelley tras echarle nerviosa una ojeada al reloj. Todo lo que quería era volver a pisar su tierra natal, reservar una habitación en un motel, luego una pizza y mirar una película cursi.

—No puedo conducir tan rápido con este tiempo. Lo siento, pero nos llevará más tiempo del que pensaba.

—Maldita sea.

—¿Tienes una reunión importante? ¿O una cita?

—¿Qué? No. Solo quiero quitarme esta ropa y comer algo. Luego darme una ducha. Eso es todo.

—¿Adónde te llevo? Si me das la dirección, puedo introducirla en el GPS.

—Cualquier motel. No demasiado caro, si es posible.

Blake le dedicó una extraña mirada. Una mirada que la hizo sospechar lo que seguiría a continuación.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

—No hay moteles en Coburn Gore. En ese pueblucho quizás haya diez casas. Si tienes suerte.

—¿Y un vendedor de coches usados?

—Negativo.

—¿Alquiler de coches?

—¿Estás de broma? Estamos hablando de un lugar con un puñado de habitantes. ¿Cuántos de ellos iban a alquilar un coche?

—Entonces, ¿cómo se supone que voy a salir de allí?

—La pregunta es más bien, ¿por qué querías ir allí?

—¡No quería ir a Coburn Gore! ¡Tuve que irme de Lac-Mégantic!

Sonó *We are the world*. El destino probablemente tenía sentido de la ironía, porque parecía que Blake la iba a dejar tirada en aquel pueblucho. Atrapada en medio de la nada sin poder escapar de allí. Mentalmente se vio a sí misma de pie junto a una gasolinera en medio de la ventisca, esperando que algún camionero quisiera llevarla.

—¿Qué tal si me dices qué es lo que realmente está pasando? ¿Por qué tuviste que abandonar Lac-Mégantic?

—Es complicado —se sorbió la nariz, o al menos eso intentó, porque unas cuantas lágrimas eran exactamente lo que necesitaba en ese preciso instante. Los hombres que conocía cambiaban de inmediato de tema en cuanto una mujer empezaba a llorar. Seguro que Blake era igual. Probablemente entraría en pánico al ver una lágrima. Al menos así lo esperaba, porque le iba a mentir. No quería decirle la verdadera razón por la que la perseguían. Porque entonces tendría que decirle lo que hacía para ganarse la vida. No conocía a Blake lo suficiente como para saber cómo reaccionaría. Quizá se apartaría a un lado de la carretera y la arrojaría del coche.

—Tenemos tiempo. Aun queda mucho para llegar a nuestro destino.

—Es solo que... tengo... —Unas lágrimas. Un sollozo. Un llanto desgarrador. Aun así, Blake tenía la sensación de que Shelley estaba poniendo en práctica una estrategia de distracción, como si estuviera pensando en una historia que contar.

—Bueno, amigo mío, Tyrone es violento.

—¿Y por eso lo dejaste?

—Sí. —Shelley asintió con la cabeza. Lo miró. Las lágrimas aun brillaban en sus ojos.

—¿Y esa es tu complicada historia?

—Es complicado porque no soy de por aquí. Tyrone me atrajo a Lac-Mégantic con un pretexto. Dijo que quería tanto celebrar la Navidad conmigo. Así que hice las maletas y me vine aquí. —Se encogió de

hombros— En casa habría estado sola de todos modos, y él no podía venir a mi casa porque supuestamente tenía que trabajar en Navidad. —El tono de su voz disminuía cada vez más— Pero luego resultó que no quería ni celebrar la Navidad ni tenía que trabajar. Básicamente, todo lo que necesitaba era alguien sobre quien descargar su frustración. Y ese alguien era yo.

—¿Te pegó?

—¿Correría por una autopista con un disfraz de Papá Noel si no lo hubiera hecho?

Blake la miró. Sin embargo, aquel ridículo disfraz ocultaba la mayor parte de su figura y de su rostro.

—¿Estás herida? ¿Quieres que te lleve a un hospital? ¿O a un médico?

—No, no ha sido para tanto. —Se secó un par de lágrimas. Como si quisiera ganar tiempo— Me abofeteó y me empujó contra la pared, pero me las arreglé para apartarme cuando intentó golpearme en la cara con el puño. Entonces salí corriendo de la casa. Vive enfrente del centro comercial, donde conseguí el disfraz. El resto de la historia ya la conoces.

—Deberías denunciarlo.

—Es canadiense. Ni siquiera sé cómo funcionan las leyes allí, y no puedo permitirme pagar un abogado.

—Hasta donde yo sé, en Canadá es igual de punible golpear a una mujer como en Estados Unidos.

—Fue solo una bofetada —murmuró.

—Eso ya es demasiado.

—Solo quiero llegar a casa. —Blake la miró. Ella se había hundido en el asiento y había desviado el rostro. No le debía haber propinado una bofetada demasiado fuerte, de lo contrario habría visto alguna herida en su cara cuando estuvo de pie frente a él. Sin embargo, solo pensar en cómo un hombre podía tratar a una mujer de aquella manera le provocaba ira. Pero no podía obligarla a acudir a la policía. Tal vez tenía razón al haber tomado aquella determinación. A menos que tuviera lesiones físicas, probablemente los policías no tomarían ninguna medida. Especialmente contra alguien que vivía en Canadá.

—Vale, vale, vale, vale. Es tu decisión —cedió al fin—. Eso, sin embargo, no resuelve el problema de cómo continuar el viaje desde Coburn.

—Deja que yo me ocupe de eso. Puedes dejarme en Coburn Gore. Seguiré sola desde allí.

—¿No creerás en serio que voy a dejarte en un pueblucho como ese y con

este tiempo y marcharme?

—¿Por qué no? No eres responsable de mi bienestar.

—Ya veremos. Primero tenemos que llegar allí. —Blake señaló el parabrisas. Apenas se podía ver nada del mundo exterior, tan intensa era la nevada ya.

Blake aminoró la velocidad. Una sombra oscura se materializó en el lado izquierdo de la carretera, apenas perceptible por el velo blanco que la envolvía. Al acercarse a la sombra, se vieron los edificios que bordeaban el costado izquierdo de la carretera. Habían llegado al lado canadiense del paso fronterizo. Solo les llevó unos minutos, luego pudieron continuar hasta el paso fronterizo estadounidense. Una vez fueron revisados sus pasaportes también allí, se encontraron de nuevo en suelo americano. Blake respiró aliviado. No se había terminado de creer a Shelley cuando afirmó no ser una criminal. Solo ahora se percataba de que había estado esperando que los detuvieran para interrogarlos.

—Ya estamos aquí —dijo innecesariamente, por si ella no se había dado cuenta.

—Gracias a Dios.

Blake señaló un edificio rojo que se podía ver fácilmente a pesar de la intensa nevada.

—Si quieres, puedes cambiarte allí. Tienen casi de todo lo que se necesita para vivir.

—De acuerdo, es una buena idea. —A pesar de sus palabras, sonaba vacilante, como si no estuviera segura de querer quitarse el disfraz. Blake apagó el motor y la miró.

—¿Tienes dinero? Te fuiste precipitadamente de Lac-Mégantic.

—Sí, tengo. Tengo el monedero en el bolsillo, igual que el móvil.

—Está bien, entonces.

Aun así ella no se movió, se quedó mirando fijamente el edificio como si

pudiera hacerle algo.

—¿Vamos? —preguntó él de nuevo.

—Sí. Por supuesto.

Blake se había apeado y probablemente no le quedaba otra opción que seguirlo. El miedo hizo que se formara un nudo en su garganta. Si salía ahora, estaría completamente indefensa. Cualquiera podría pasar por allí, agarrarla y arrastrarla hasta un coche. O, más fácil aun, sencillamente atropellarla. O Dispararle desde un coche.

Alto.

Tuvo que dejar de imaginarse formas en las que se vengarían de ella.

—Está bien, yo me ocupo. —Blake estaba de pie delante de la puerta abierta del pasajero. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se dio cuenta de que Blake había abierto la puerta.

—Gracias. —Vacilante se apeó del coche. Su corazón latía acelerado en su pecho. La adrenalina fluía por sus venas, casi mareándola.

—Vamos. —Él la agarró suavemente por el codo— Acabemos con esto antes de que se te suba al regazo un tropa de niños que desean un regalo de Papá Noel. —Miró a su alrededor— No es que haya muchos niños aquí —añadió.

Se dirigieron a la entrada, Blake abrió la puerta. Apenas habían entrado en el edificio, cuando fueron envueltos por un soplo de aire caliente. Por los altavoces se oían canciones navideñas. Blake la soltó del brazo y siguió adelante. Parecía conocer el camino, porque se afanaba en llegar a la parte de atrás de la tienda sin dudar. Allí, donde se veían algunos estantes con ropa: sudaderas y camisetas de manga corta. Sin pensarlo mucho, Shelley eligió un par de prendas. Quería salir de allí lo más rápido que fuera posible. Los pocos clientes con los que coincidieron, los miraban fijamente. Probablemente allí no compraba muy a menudo Papá Noel. Solo cuando casi estaban ya en la caja, se dio cuenta del error que había cometido. Se lo había llevado todo demasiado pequeño. Con la barriga, que recientemente acarreaba, necesitaba al menos tres tallas más.

—Vuelvo enseguida. —Antes de que Blake pudiera reaccionar, ya se había marchado. Rápidamente cambió las prendas por otro par de talla más grande. Solo podía esperar que le vinieran bien.

—¿Qué pasa? —Por supuesto que la había seguido. Por qué no, después

de todo, no podía quedarse plantado en la caja con las manos vacías.

—Yo... esto... esto me gusta más —Sostenía unas horribles mallas rosa. El color era tan brillante que se necesitaban gafas de sol para contemplarlas— Y esto. —Había una camiseta a juego. Con aquel conjunto, ya no sería un panel rojo y andante que anunciaba la Navidad, sino un letrero de neón rosa brillante que causaría accidentes.

—No. —Blake se balanceó hacia atrás apoyándose en los pulpejos de sus pies, las manos metidas en los bolsillos del pantalón— Si me quedo mirando eso más de dos segundos, me quedaré ciego.

—Al menos así se me podrá ver con la nevada, cuando haga autostop a un lado de la carretera —dijo ella.

—No te quedarás en la cuneta. Te llevaré a Eustis. Hay moteles allí, tal vez hasta un concesionario de coches usados o una estación de autobuses. No lo sé, pero lo averiguaremos.

—No quiero molestarte más.

—Considéralo mi buena obra de la fiesta del amor.

—Aun así.

—Shelley, ¿realmente crees que voy a abandonar a una mujer a la que le pegó el novio? Hazlo por mi bien. Para que pueda dormir mejor por las noches.

Shelley contempló su rostro. Él la miró. La franca expresión que se reflejaba en su cara indicaba a que realmente pensaba lo que decía.

—Entonces... gracias. —Su voz sonaba ronca.

—Solo te pongo una condición. —Blake le sonrió— Escoge algo de un color diferente.

—Bueno, está bien.

—¿Por qué no te pruebas algunas cosas antes de decidirte? Tenemos tiempo. Coge algo que te guste, luego le quitamos la etiqueta y lo pagamos, sin tener que disfrazarte de Papá Noel otra vez.

—De acuerdo.

—¿Crees que deberíamos probar en la sección de ropa para embarazadas? Seguro que allí hay más opciones entre las que elegir.

—No. Estoy. Embarazada —se le escapó. Enfadada, lo miró fijamente. ¿Estaba loco?

—Bien. —Vaciló— Entonces estamos en la sección adecuada.

—Así es. —Se alejó de él, rebuscó otra vez en las estanterías y cogió unas cuantas prendas. Esta vez se concentró en colores más oscuros. Pantalón

de tela negra con cintura de goma. Una chaqueta de invierno igual de oscura. Un suéter azul oscuro... Un... No. Necesitaba algo para acentuar su barriga. Algo que hiciera que todos los hombres miraran para otro lado. ¡Allí! Una sudadera verde claro. De una talla demasiado pequeña para que cubriera todo el vientre. Hizo una mueca. ¡Durante tantos años había tratado de mantener su figura para esto!

—Enseguida vuelvo. —Desapareció en un vestuario. Los pantalones quedaban bien con la sudadera— Oh, Dios. —Al mirarse en el espejo sintió una bofetada en la cara. Parecía un monstruo verde. Una lágrima se le desprendió del rabillo del ojo. Luego, otra. Decidida, se colocó una gorra de béisbol en la cabeza y escondió el pelo debajo. Volvió a mirarse en el espejo. Esta vez estaba preparada para lo que iba a ver. Hizo una mueca. Al menos se había deshecho de aquella estúpida barba.

—También me llevo estos. —Le mostró a Blake otro par de pantalones y dos sudaderas. La ropa interior que había elegido la sostenía en su puño cerrado. Él ni siquiera se dio cuenta, estaba demasiado ocupado mirándola.

¡Aquella cara! Pómulos altos, rasgos uniformes, un cutis brillante e impecable. Cejas perfectamente perfiladas sobre unos grandes ojos azules, tan azules como el cielo poco antes del amanecer. Y además, una nariz recta y una boca con labios gruesos y sensuales. Labios que le hacían divagar. Le hacían imaginar que atraía a Shelley hacia sí y la besaba. Que con sus manos exploraba su cuerpo, empezando por acariciarle los pechos para luego deslizar su mano hasta el vientre. Un vientre que sobresalía de su figura ostensiblemente.

Aquella imagen lo catapultó de vuelta al presente. De repente notó su mirada inquisitiva. Le tendía las prendas para que las cogiera.

—Esto es... mucho mejor — murmuró e intentó fingir que no había interrumpido el curso de sus pensamientos.

—¿Seguro?

—Sí. Los colores no me resultan ya tan llamativos. —No podía pensar en otra cosa positiva que decir sobre su conjunto, y del resto de su apariencia no quería hablar, de lo contrario volvería a delatarse como un perfecto idiota

preguntándole si realmente no estaba embarazada. Porque solo un embarazo podría explicar su extraña figura. Las extremidades delgadas, la cara estrecha y los glúteos pequeños y redondeados junto a aquel vientre grotesco.

—Bien. —Sonrió Shelley. Y una vez más, su rostro se transformó de aquella manera mágica que hizo que Blake se quedara sin aliento. Hubiera preferido estirar su mano y quitarle la gorra de béisbol de la cabeza. Quería saber por fin cómo era cuando su pelo no estaba cubierto. Rizos rubios, decidió. Shelley tenía rizos rubios. Apostaría a que tenía razón.

—Entonces podemos seguir adelante. —Se aclaró la voz. Sonaba ronca de repente.

—Sí. —Otra vez aquella sonrisa radiante que le provocó un hormigueo en el estómago. Mariposas. Malditas mariposas. Igual que en una cursi historia de amor.

Menos mal que no creía en mierdas sentimentalistas.

Juntos volvieron a la caja. Al menos eso pensó él, que iban a ir hasta allí juntos, porque los gritos de ella hicieron que se detuviera. Se dio la vuelta. Shelley se había quedado rezagada unos cuantos metros y estaba parada ante una pequeña mesa repleta de adornos navideños.

—¡Es perfecto! —Sostenía en alto un árbol de Navidad. Un árbol en miniatura, ya decorado y de solo diez centímetros de altura.

—¿Qué? —Blake miró el árbol como si hubiera salido de una película de terror. Luego sacudió la cabeza— ¿Realmente quieres comprar algo tan cursi?

—¡Por supuesto! Es muy bonito.

—Haz lo que quieras. —Se dio la vuelta, y se dirigió a la puerta pasando de largo por la caja. —Date prisa. No esperaré mucho tiempo —dijo, luego abrió la puerta y salió.

—¡Ya voy! —la oyó decir. Eso es lo que se temía. Shelley en su coche, con aquel árbol de plástico y canciones navideñas. Un día en el infierno sería con toda seguridad mucho más placentero.

Solo le llevó unos minutos darse cuenta de que era peor de lo que se podía haber imaginado. Aquel maldito árbol de Navidad tenía un pie de goma para

ponerlo en el salpicadero. Y allí estaba ahora. Cada vez que Blake miraba a Shelley, lo primero que veía era aquel símbolo de la Navidad, con una guirnalda luminosa y adornos baratos.

Lo único que le faltaba ahora era un hermoso cachorro con grandes ojos de color chocolate y un lazo rojo alrededor del cuello. Eso remataría la Navidad más cursi de la historia. Espera, olvidaba un trineo, tirado por renos. Con la suerte que tenía, probablemente pronto lo tendría. Lo mejor sería que se pegara un tiro ahora mismo y pusiera fin a sus miserias.

—¿Todo bien? —preguntó Shelley a su lado con voz tímida.

—Sí, estoy bien.

—Entonces está bien —murmuró ella. Parecía que su tono de voz no la había convencido.

—Ya hemos llegado. —Señaló a través del parabrisas al cartel luminoso de un restaurante. Uno de esos establecimientos donde todo estaba hecho de plástico, pero había café en abundancia.

—Fabuloso. —La voz de Shelley no desbordaba entusiasmo, probablemente porque se había dado cuenta de las pocas posibilidades de salir de allí por su cuenta.

—Podemos preguntar en el restaurante si hay alguna posibilidad de comprar un coche en la ciudad. Si hay alguien que lo sepa, tiene que estar ahí. Y si no, al menos podremos comer algo.

—Buena idea.

Apenas habían puesto un pie en el restaurante, cuando la Navidad cayó sobre ellos como en una mala película. Justo al lado de la entrada, un enorme y decorado abeto les dio la bienvenida. Bajo todas las guirnaldas, bolas de colores y palos de caramelo, las ramas solo podían imaginarse. Por supuesto, aquello no era suficiente. Si todavía no estabas de humor para fiestas, al llegar a la mesa la encontrabas igual de recargada. Mantel de color rojo oscuro con la imagen de vientre prominente de Papá Noel, completa, con su trineo y su enorme saco lleno de regalos, decoraba cada asiento. La camarera se acercó a ellos. La mujer de unos cincuenta años llevaba un gorro rojo con borla y un delantal rojo sobre una falda verde. Sacó un bolígrafo rojo, en cuyo extremo final había otra borla. Obviamente, allí, en Eustis, la Navidad era tomada muy en serio.

—¡Felices Fiestas! ¿Qué puedo hacer por ustedes? Nuestro plato especial

del día es la hamburguesa de Navidad. Con salsa de arándanos, tocino crujiente frito en mantequilla de canela y una rebanada de pechuga de pavo. Junto a esto servimos un batido de canela y un pan de especias con la forma de Papá Noel de postre.

Shelley aplaudió alegre. Como no. El menú era perfecto para ella. Lo sabía, aunque solo la conocía desde hacía unas horas.

—Oh, es sencillamente maravilloso. Lo tomaré. Tú también, ¿verdad, Blake?

—Ni hablar —gruñó. Luego pidió—. Una Coca Cola y dos hamburguesas con queso.

—¿Les gustaría probar nuestra empanadilla de canela y manzana como postre navideño?

—No. —Blake perforó a la camarera con la mirada— Ahórrese todas esas paparruchadas.

—No hay necesidad de ser grosero. —La camarera le dedicó una gélida mirada— ¿Eso va a ser todo?

—Sí.

El sabor del tocino crujiente y salado, mezclado con el ligero sabor dulce de la salsa de arándanos y la canela picante, hizo explosión en su lengua. Shelley cerró los ojos por un momento. Aquella hamburguesa sabía a Navidad, eso era, después de todo, lo que le gustaba de aquella fiesta. Volvió a abrir los ojos y notó que Blake la miraba como si nunca hubiera visto a una mujer comiendo una hamburguesa. Rápidamente se llevó la servilleta a la boca, quizás había se había manchado la barbilla con la salsa sin darse cuenta. Pero aparentemente no era eso, porque Blake aun la miraba fijamente.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Sí, gracias. —Se dibujó una sonrisa en su cara, pero estaba bastante segura de que fue más bien una mueca. Si no hubiera tenido aquella gruesa barriga y no llevara puesta unas prendas tan feas y sin forma, podría haberse atrevido a coquetear con él. Pero parecía que no hacía otra cosa en todo el día que atiborrarse de comida rápida. Solo de pensarlo casi se le quitó el apetito. Pero luego decidió disfrutar de su comida. No estaba allí para impresionar a un hombre. Menos aun para coquetear con Blake.

—Cuando la camarera nos ofrezca café, podemos preguntarle —dijo Blake. No necesitaba dar más detalles sobre lo que quería preguntar. Ya estaba claro. Como Shelley sospechaba, no podía esperar a deshacerse de ella.

—Sí, por supuesto —murmuró. La idea de quedarse sola le resultaba un poco incómoda. Estaba acostumbrada, porque siempre trabajaba sola, pero aquel día se alegraba de tener compañía. Cuando cogió el dinero, no había pensado que Tyrone se vengaría de ella o intentaría arrebatarle de nuevo los

treinta mil dólares. Para ser honesta, no lo había meditado mucho. Actuó espontáneamente. Solo cuando vio a la gente de Tyrone en el centro comercial, se dio cuenta de la situación en la que se encontraba. Tyrone era un ciudadano influyente de Lac-Mégantic. Las empresas de alquiler de coches, el comercio de coches usados, eran solo algunos de los sectores en los que trabajaba. Tenía que desaparecer de aquel lugar, pero al mismo tiempo no podía arriesgarse a coger un autobús o alquilar otro coche, porque sin lugar a dudas eso hubiera puesto a Tyrone sobre su pista de inmediato.

Como si eso no fuera suficiente, Tyrone también tenía una compañía de seguridad en la que daba empleo a hombres que parecía que tomaran esteroides por la mañana, al mediodía y por la noche. Y luego estaba la facilidad con la que la había localizado. Además de su móvil, también había dejado el coche de alquiler en el centro comercial. No estaba segura de cómo la había encontrado allí Tyrone, pero que la hubiera localizado mediante el móvil o un dispositivo de rastreo colocado en su coche, había sido su primera sospecha cuando vio a su gente. Esperaba que lo que se suponía fuera cierto. Si no, Tyrone había logrado encontrarla por otros medios, y eso era algo en lo que prefería no pensar.

La camarera, cuya placa la identificaba como Agatha, se acercó a su mesa y puso delante de ellos un plato decorado a la manera navideña.

—Con los mejores deseos del *Silver Diner* —dijo—. Les deseamos una feliz Navidad. —Luego les ofreció un café. No había colocado el plato en el medio, sino que lo había acercado más hacia el lado de Shelley. No era de extrañar, ya que Blake se había revelado como un auténtico fanático contrario a la Navidad.

—Muchísimas gracias. Oh, mint snowballs. —Shelley cogió uno de aquellos dulces blancos. Le encantaba su sabor a menta con un ligero matiz de coco. Otra vez la Navidad se encarnaba para ella en su forma más pura. Hubiera preferido no tener que abandonar el restaurante.

Blake se aclaró la voz.

—¿Hay una estación de autobuses o un concesionario de coches usados aquí, Agatha? ¿O algún particular que quiera vender su coche? —Intentó esbozar una simpática sonrisa, pero era demasiado tarde para eso. La camarera ya lo había puesto en su lista negra.

—¿Una estación de autobuses? —Agatha sacudió la cabeza y puso las

manos en las caderas— Aquí no hay de eso, ni tampoco concesionarios, cariño —dijo con una exagerada voz meliflua, se dio la vuelta y se fue.

—Quizá deberíamos preguntar de nuevo en la caja cuando paguemos —dijo Shelley—. Agatha no parecía querer ayudarnos.

—Hm. Sí, tal vez. —Blake frunció el ceño— Solo que me temo que tiene razón. ¿Quién quiere comprar o vender un coche en esta época del año?

—Esto podría suponer un problema. Aun así, puedes dejarme aquí. Encontraré la forma de continuar el viaje.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Me informaré. —Shelley se levantó y se dirigió resuelta al mostrador.

No le llevó mucho tiempo descubrir que las pocas cabañas de madera que se alquilaban a los turistas estaban ocupadas. Además, no había taxis ni particulares que vendieran sus coches. Shelley regresó a la mesa. La desesperación se apoderó de ella. No sabía qué hacer. Solo había una cosa segura: no podía volver a Lac-Mégantic.

—¿No hubo suerte? —preguntó Blake cuando Shelley se sentó.

—No. Desafortunadamente. —Revolvió su café con la cuchara. Ni las mint snowballs, con su perfecta forma de bola de nieve, que esperaban en el plato ante de ella a ser comidas, podían levantarle el ánimo— No sé qué hacer ahora —admitió en voz baja.

Blake se encogió de hombros.

—Eso no es tan malo. Te llevaré a Waterville. Allí puedes comprar un coche o coger el autobús.

—¿A cuánto está eso de aquí?

—A unos noventa y seis kilómetros y medio.

—¿Realmente harías eso?

—De lo contrario no te lo ofrecería.

Un poco más tarde salieron por la puerta del restaurante. El aire frío los golpeó. Grandes y esponjosos copos caían del cielo. Si no hubiera estado tan nerviosa, podría haberse alegrado. Le encantaba la nieve. Pero miró atentamente los coches que estaban en el aparcamiento. Solo para asegurarse de que nadie la seguía. No se veía mucho en el incipiente amanecer. Algunos SUV, una o dos camionetas y los modelos asiáticos habituales. No había nada que indicara que había alguien esperando a Shelley para llevarla a la fuerza a Canadá.

Blake le abrió la puerta del pasajero y la ayudó a montar. El educado gesto le hizo bien. Tal vez todavía había hombres a los que les gustaban las mujeres. Hombres que cuidaban de sus familias en vez de abandonarlas. Tal vez solo era una idiota sentimental. Sin embargo, se volvió hacia Blake después que este se hubo montado en el coche y le dijo:

—Muchas gracias. Realmente te agradezco que me lleves contigo. Solo espero no ser una molestia.

—Me alegro de tener compañía. ¿Quién si no me hubiera hecho escuchar canciones navideñas? —Una sonrisa se dibujó en los labios de Blake. Parecía agradable. Simpático. Como un hombre del que podría haberse enamorado si no hubiera sufrido tantas malas experiencias.

Esta vez fue *Hallelujah* de Pentatonix lo que se escuchó por los altavoces.

—¿Busco otra emisora? —le preguntó Shelley porque, a pesar del comentario de Blake, sabía que odiaba aquellas canciones.

—No, déjala. Además, no es una canción sentimentaloides de Navidad.

—Estrictamente hablando no, pero se le asemeja.

—No importa.

La oscuridad se cernió sobre ellos. Los limpiaparabrisas emitían un monótono sonido. Blake la miró. Dormía. Deseaba poder cerrar los ojos también. El viaje resultaba agotador a causa de la nieve.

Volvió a mirar a Shelley, y luego apagó la radio. La emisora había empezado emitir viejos y clásicos temas. Por supuesto, todas las canciones giraban en torno a un tema. Ahora ella ya no oía nada, así que él tampoco tenía que aguantarlo.

Unos mechones de pelo rubio asomaban por debajo de la gorra de béisbol, que se había incrustado un poco en la frente. Justo como él sospechaba, eran rizos. Parecía un ángel de Navidad. De repente se alegró de haberla recogido. El viaje con ella le resultaba divertido, a pesar de aquella horrenda música y del hecho de que él mismo no quería tener nada que ver con la Navidad.

—¡Shelley, despierta! —la agitó por el hombro suavemente. Entre tanto se hallaban parados en el aparcamiento del motel *Golden 50s*. Un alojamiento

de la ruta 27. No habían llegado lejos. Apenas habían salido de Eustis cuando la nevada se había intensificado tanto que, a causa del viento, cubría el camino formando montículos. Continuar viajando sería muy peligroso. Su coche no estaba hecho para conducir por la nieve, y Blake no quería arriesgarse a quedarse atascado con el Porsche y tener que esperar horas a que alguien los encontrara.

No. El motel apareció ante ellos en la oscuridad como un regalo del cielo. Afortunadamente, pudo reservar dos habitaciones. Naturalmente, hubiera preferido un hotel mejor. Uno con cinco estrellas, pero no encontraría nada así en aquella zona. Además, no creía que Shelley pudiera permitírselo.

Dubitativo, contempló el bajo y alargado edificio. Las paredes exteriores habían sido blancas antes, pero ahora predominaba un gris pálido, iluminado por la luz del aparcamiento. Ya sabía lo que se escondía detrás de las delgadas puertas de las habitaciones individuales, porque les había echado un vistazo a las dos habitaciones antes de pagar. Una cama de matrimonio con una manta de diseño curioso, una pequeña mesa con una silla y un televisor, cuya pantalla estaba colocada de tal manera que se podía ver la tele desde la cama. También había un cuarto de baño pequeño con WC, ducha con una cortina gris, y un lavabo. El piso del dormitorio está cubierto con una alfombra barata y llena de manchas. Al menos se había cambiado las sábanas, la habitación estaba relativamente limpia y exenta de parásitos. Era lo mejor que se podía decir del motel *Golden 50s*.

—Hmmm... ¿qué? —Shelley adormilada abrió los ojos— Oh. —Se sentó— ¿Me he quedado dormida?

—Sí, pero eso no es malo. No te has perdido nada. Tenemos que pasar la noche aquí. Está nevando con demasiada intensidad como para seguir viajando. —Blake señaló el letrero de neón que ponderaba el estilo de décadas pasadas— Espero que no te moleste que haya reservado dos habitaciones individuales.

—No. No, por supuesto. Gracias. —Shelley se apartó un mechón de pelo de la cara— Cae mucha nieve —dijo.

—Espero que pare por la noche, o tendríamos dificultades para salir de aquí mañana.

—¿Dónde estamos?

—Para ser estrictos, aun en Eustis. A unos 32 km.

—¿No hemos llegado más lejos?

—No, mira a tu alrededor. La nieve alcanza casi un metro de espesor en algunos lugares.

—¿Tan mal está la cosa?

—Sí, el viento ha formado montículos. En algunos lugares miden pocos centímetros, en otros casi un metro. Es demasiado peligroso para seguir adelante.

—Bueno, si es así. —Shelley se aflojó su cinturón de seguridad— ¿Nos arrojamos a la ventisca?

—No creo que nos quede otra alternativa.

Juntos se abrieron camino a través de la nieve hasta sus habitaciones. Blake le puso una llave en la mano a Shelley.

—Es aquí. Estamos en habitaciones contiguas. Si necesitas algo, solo tienes que golpear la pared. —Sonrió— Estoy seguro de que lo oiré. Las paredes no son más gruesas que el papel.

—Gracias, pero no creo que sea necesario. —Echó la cabeza para atrás y miró al cielo. Un mar de copos de nieve danzantes caía aun sobre la tierra. No parecía que fuera a dejar de nevar pronto.

A la mañana siguiente se confirmó su suposición. Cuando se levantó, inmediatamente después de despertarse, y miró por la ventana, vio un deslumbrante y blanco paisaje invernal en el que ya no había carreteras. Simplemente porque estas estaban enterradas bajo una capa de nieve de un metro de espesor.

Corrió la cortina para mirar fuera. Eran las ocho en punto. Blake ya debía estar despierto. Podían desayunar juntos y hacer planes para salir de allí. Aunque tenía la corazonada de que ningún plan en el mundo les ayudaría a alcanzar aquella meta.

Se ajustó la faja, se puso la enorme camiseta y los pantalones, que le quedarían bien incluso a una embarazada justo antes del parto, y se dirigió con paso firme a la puerta de Blake. El suelo también estaba cubierto de nieve, aunque un colgadizo cubría el estrecho pasillo que había entre las habitaciones. Parecía como si el viento hubiera pasado por alto aquel elemento estructural.

—Blake, ¿estás despierto? —dijo en voz baja y llamó a la puerta. No transcurrió mucho tiempo hasta que él abrió. Tenía el pelo mojado, como si

se acabara de duchar. Le llegó el olor de su desodorante. Madera mezclada con otra cosa. Algo que olía a hombre de una manera seductora.

—Hola. —Blake señaló el paisaje invernal— Ha caído muchísima nieve por la noche.

—Sí. Por desgracia. —Shelley suspiró— ¿Qué tal si desayunamos? —preguntó, porque necesitaba urgentemente un café y algo de comer. Después, estaría en situación de pensar con claridad.

Blake se dio la vuelta.

—Espera un momento, solo necesito ponerme una chaqueta.

—De acuerdo.

Juntos fueron hasta recepción. En aquella pequeña habitación hacía tanto calor como en una sauna. Alguien debía haber puesto la calefacción al máximo. Al lado de la recepción, donde no se podía ver a nadie, había una mesa con algunos sándwiches, croissants y galletas esperando a los huéspedes hambrientos. Lo mejor, sin embargo, era la máquina de café, que fue sobre lo primero que se abalanzó Shelley. Después de haberse preparado una taza, puso un croissant en su plato y se sentó en un rincón con Blake. Delante del sillón que había elegido había una mesa baja. Allí colocó su plato y le dio un sorbo al café. La bebida caliente bajó por su garganta. ¡Por fin! Necesitaba con urgencia cafeína.

—¿Tan bueno está? —preguntó Blake sonriendo.

—Por supuesto. Por la mañana no soy persona sin café.

—Es bueno saberlo. —Blake alzó su taza y brindó con ella— Me temo que no podremos salir de aquí hoy —dijo— Miré el pronóstico del tiempo esta mañana. Las máquinas quitanieves no pasan por aquí. Además, se esperan más nevadas e igual de intensas. Parece que estamos atrapados aquí.

—Oh, no. ¿Y qué vamos a hacer ahora? —La perspectiva de quedarse allí atrapados indefinidamente la desilusionaba. Quería irse a casa. Quería pasar la Navidad con su familia, no en Maine.

—Creo que tendremos que prolongar nuestra estancia. Lo cual no va a ser fácil, porque no podemos quedarnos en el motel, cierra durante las fiestas.

—Vaya estupidez. —Shelley dejó su taza de café. De repente había perdido el apetito— Entonces, ¿adónde iremos? No podemos pasar la noche en tu coche.

—Encontraremos una solución, no te preocupes.

—En el pueblo todo está completo —dijo Mallory, propietaria del *Golden 50s*, que había llegado entre tanto. Estaba detrás del mostrador de recepción. Llevaba el cabello teñido de rojo y cardado de tal manera que imitaba un peinado que había estado de moda por última vez en los ochenta. Tal vez hacía más tiempo. Blake no estaba tan seguro de eso. Solo sabía una cosa, aquel look estaba totalmente pasado de moda, y con razón.

—Entonces, ¿dónde podemos ir ahora? —Shelley sonaba desesperada. Suavemente, Blake la hizo a un lado. No tenía ninguna duda de que resolverían el problema. Era solo cuestión de dinero.

—¿Qué te parece un Chalet? —Señaló los brillantes folletos del mostrador. Lujosas casas de madera, con jacuzzi, sauna, cocina equipada, despensa y una vista impresionante al paisaje nevado de la montaña.

—No podemos permitirnoslo —objetó Shelley.

—Sí, podemos.

—Si eso es lo que quiere alquilar. Espere, lo comprobaré. —Mallory tecleó en el ordenador a una velocidad vertiginosa. Blake se preguntaba cómo lo había logrado sin romperse una de sus uñas pintadas de colores y de dos centímetros de largo.

—Solo queda uno libre. Nuestro lujoso chalet, al pie del Sugarloaf. —Alzó la vista— Una noche cuesta 800 dólares.

—¿Qué? —Parecía que Shelley iba a desmayarse en cualquier momento.

—Nos lo quedamos —dijo Blake.

Shelley se volvió hacia él.

—¿Estás loco de remate?

—Oh. Dios mío, está embarazada —la interrumpió Mallory. La propietaria del motel miró fijamente a Shelley como si nunca hubiera visto a una mujer que llevara un niño en su vientre. Aunque eso no fuera cierto en el caso de Shelley— ¡Esto es igual que la historia de la Navidad! María y José que están fuera de casa una noche de invierno y no encuentran dónde hospedarse.

Blake quería argumentar que en ese preciso instante era de día, pero no pudo. A Shelley le pasó lo mismo, no alcanzó a decir más que «No estoy...», porque Mallory ya había rodeado el mostrador y cogía la mano de Shelley en la suya.

— No les cobraré nada por la estancia. Eso no hace falta decirlo.—La mujer tenía lágrimas de emoción en los ojos, constató Blake sorprendido. Aparentemente estaba abrumada por su propia bondad, o por el paralelismo

con la historia de la Navidad. Probablemente ya veía en su mente a los tres reyes magos que pronto aparecerían por el horizonte, o soñaba con que el Papa vendría a proclamarla santa. Blake sacudió la cabeza para librarse de aquellas imágenes. No representaban un belén viviente, sino que eran personas comunes que se veían obligadas por las circunstancias a encontrar un lugar donde hospedarse.

—Podemos pagarlo —objetó Blake y trató de reprimir sus sarcásticos pensamientos. Después de todo, Mallory estaba dispuesta a ayudarlos. No merecía que se riera de ella. Pero tampoco quería engañarla, porque Shelley le había dicho que no estaba embarazada.

—No le hagas caso. ¡Hombres! Siempre piensan en guardar las apariencias, como se puede ver en los coches caros que conducen y que no pueden permitirse —Le lanzó a Blake una reprobatoria mirada.

—Puedo permitirme... —Tampoco pudo concluir aquella frase.

—No crean que me negaría a ayudar a una mujer embarazada un día antes de Navidad. —Le dio unas palmaditas en la mano a Shelley— Coja el chalet y quédese aquí hasta que pueda proseguir el viaje, hija mía.

—Pero, yo...

—No me contradiga. —Mallory volvió detrás del mostrador y sacó una llave de un cajón— Greg los llevará con la motonieve. La despensa está bien provista. Habíamos alquilado el chalet durante Navidad, pero se canceló con muy poca antelación. Allí tienen todo lo que necesitan para cocinar, hornear y disfrutar de las fiestas.

—Es muy amable por su parte. Sin embargo, preferiría pagar por el chalet —objetó Blake.

—Cójalo gratis o déjelo —Mallory lo miró, apuntándole desafiante con el mentón. Así concluyó la discusión.

Después de que Shelley hubiera llamado a su familia con el teléfono de Mallory y les hubiera informado de que volvería a casa más tarde de lo planeado, ella y Blake regresaron a sus habitaciones. Hicieron las maletas y depositaron el equipaje que necesitarían en el chalet en recepción. Poco después, se oyó el sonido fuerte de un motor. Greg, el esposo de Mallory, llegaba con la motonieve para llevarlos a su nuevo alojamiento.

Todavía nevaba con intensidad. Gruesos copos caían del cielo formando una densa cortina, de manera que apenas se podía ver dónde se estaba y adónde se iba.

Sin embargo, Shelley disfrutó del viaje en la motonieve. El asiento estaba caliente y Blake se sentó detrás de ella, ya que no había más espacio que el de un asiento. Greg conducía delante. Sin dudar, atravesó el bosque cubierto de nieve, siguiendo un camino apenas perceptible que serpenteaba entre los árboles. El aire frío estimulaba sus mejillas, el ruido del motor impedía cualquier conversación, pero por lo demás se estaba bien. Por primera vez en más de veinticuatro horas, Shelley se sentía cómoda de nuevo en su piel.

Suspirando de felicidad, cerró los ojos, apuntando con su rostro a lo alto, en dirección contraria los copos.

No transcurrió mucho tiempo hasta que alcanzaron su objetivo. Greg subió las escaleras de la casa de madera, abrió la puerta y les hizo señas con la mano. En una pequeña antesala pudieron quitarse los zapatos y cambiarlos por zapatillas de fieltro. Luego entraron en el interior. Lo primero que vio Shelley fue el árbol de Navidad. Un abeto que casi llegaba hasta el techo. Decorado con guirnaldas luminosas, bolas de colores y palitos de caramelo.

El árbol era un sueño. Tan hermoso era, que acudieron lágrimas a sus ojos. Pasar la Navidad allí no sería tan malo como había asumido inicialmente. Por supuesto que echaría de menos a su familia, pero si no podía celebrar con sus seres queridos, aquel chalet lo compensaba.

Un alto techo de madera, surcado de gruesas vigas, se extendía sobre sus cabezas. Bajo sus pies había un suelo de madera de color miel, calentado por un sistema de calefacción de suelo radiante cuyo calor podía sentir Shelley a través de las finas suelas de fieltro. Sobre el parquet había esparcidas varias alfombras blancas y esponjosas. El centro de la enorme sala de estar estaba dominado por un grupo de asientos. Un gran sofá de cuero blanco con cojines rojos y verdes, rodeado por varios sillones bajos. Dependiendo del asiento que se eligiera, podía sentarse frente a la chimenea o colocarse en una posición que permitiera mirar por las ventanas y disfrutar de la vista. Aunque por el momento, debido a la intensa nevada, no se podía ver nada, Shelley sabía que detrás de las ventanas se escondía un fantástico paisaje montañoso. Completo, con altas cumbres nevadas y abetos cubiertos de nieve.

—¡Aquí es todo hermoso! —se le escapó. Dio una vuelta completa sobre sí misma y aplaudió— Esta es la mejor casa que he visto en mi vida.

Los dos hombres que estaban frente al equipo de estéreo la miraron asombrados. Luego una sonrisa se dibujó en la cara de Greg.

—Es nuestro chalet más bonito —dijo—. Mallory se ocupó de amueblarlo.

—Tu esposa es un genio. Nunca he visto nada tan maravilloso.

—Se lo comunicaré. —Greg se volvió hacia Blake, quien había estado atento a la conversación con una expresión que no revelaba sus sentimientos. Con toda probabilidad estaba acostumbrado a vivir lujosamente. Tal vez aquella casa estaba por debajo de su nivel.

Shelley se dio la vuelta y se alejó de los hombres. Su mirada se deslizó sobre las gruesas alfombras que cubrían el suelo y parecían increíblemente suaves. Volvió a mirar a los hombres, todavía estaban inmersos en los aparatos tecnológicos que ocupaban una pared del chalet. Shelley se quitó rápidamente las zapatillas y los calcetines, se acercó a una de las alfombras, y se situó reverentemente sobre ella como si reposara los pies sobre tierra santa. Blanda y suave, sus largas fibras envolvían su piel. Respiró profundamente, y luego emitió un suave suspiro.

En algún momento, Shelley no sabía exactamente cuánto tiempo había transcurrido, todos sus sentidos estaban centrados en captar el nuevo entorno, escuchó la voz de Greg. Le estaba explicando a Blake que en la cocina había de todo para comer. Un congelador bien surtido y una despensa con cuyo contenido podían alimentarse hasta la primavera. Eso era lo que alcanzó a entender Shelley de lo que explicaba Greg.

—Venga, le mostraré ahora su dormitorio —dijo Greg y le hizo señas a Shelley para que lo siguiera. Con gran dificultad se alejó de la vista del árbol de Navidad, adornado para las fiestas, y siguió a los dos hombres que ya cruzaban el pasillo que llevaba de la cocina de diseño a las otras habitaciones. Greg abrió, una tras otra, las puertas de varias habitaciones y comentó lo que había detrás de ellas.

—Un pequeño dormitorio, un baño contiguo. Y el dormitorio principal con baño incorporado y una gran pantalla de TV. Con la nevada, no les llegará la señal del satélite. Sin embargo, hay una gran base de datos de películas en el disco duro integrado. Tan pronto como amaine la nieve, deberían poder recibir la señal de TV.

Juntos regresaron a la sala de estar.

—Ya saben cómo funciona el equipo de estéreo. —La observación iba dirigida a Blake. Obviamente, Greg tenía muy claro el rol tradicional que ambos géneros debían desempeñar— Ahora mismo subiré su equipaje. Luego se librarán de mí. Si necesitan ayuda por cualquier motivo, llámenme al celular. Si no, volveré pasado mañana.

—Gracias por su ayuda —dijo Blake—. Realmente lo apreciamos.

—Sí, y por favor, salude a su esposa de nuevo de nuestra parte. Fue muy amable al poner a nuestra disposición el chalet —agregó Shelley.

—No se preocupe —murmuró Greg. A grandes pasos desapareció tras la puerta de la antesala, y poco después, la puerta de entrada se cerró tras él.

—El chalet es increíble —Shelley tragó saliva. Nunca antes había pasado la noche en una casa así. Parecía como si la cocina hubiera costado varias veces su salario anual. El dormitorio principal era más grande que su apartamento de una sola habitación. En el baño había una ducha de tipo lluvia tropical en la que dos o tres personas podían ducharse cómodamente. Además del enorme jacuzzi que le hubiera gustado usar de inmediato.

—Sí, no está mal. —Blake estaba a su lado. Su tono de voz era neutro,

como si solo pernoctara en hoteles de lujo. Y probablemente eso hacía.

—Puedes quedarte con el dormitorio grande, yo me quedo con el otro.

—Eso no es necesario. No me importa...

—Por favor. Me gustaría quedarme la habitación más pequeña —dijo Shelley. No quería dormir en el dormitorio principal. De todos modos, ya tenía mala conciencia, porque había dejado que Mallory pensara que estaba embarazada. Dormir en aquella suite de lujo solo empeoraría las cosas. No, el dormitorio más pequeño ya era más lujoso que todo lo que había visto hasta el momento. Le bastaba.

—Bueno, está bien.

Aquel maldito chalet parecía diseñado para pasar la Navidad. Y eso no era solo debido al gran árbol de Navidad, que estaba decorado con todo el corazón de un adicto a aquellas fiestas. No, también lo resaltaban los muebles, el olor de las agujas del abeto y la canela en el aire, y la nieve que aun caía del cielo.

Por alguna razón, el destino los obligaba a pasar la Navidad como en un cuento ilustrado. Y luego estaba Mallory, que les había dejado quedarse allí gratis porque había pensado que Shelley estaba embarazada. Como en la historia de la Navidad. Ja. Aquí no había ni burro ni buey. Y estaba bastante seguro de que aquellos animales habían estado presentes en el portal de Belén.

Necesitaba distraerse. La cocina del chalet estaba provista de lo mejor. Lo había observado cuando Greg abrió el armario que contenía el vino y otros licores. Al fin, un rayo de esperanza en el horizonte. Blake se dirigió a la cocina, se sirvió una copa y se sentó junto a la barra americana que separaba la habitación de la sala de estar.

—¿Qué es eso? ¿Whisky? —preguntó Shelley y avanzó hacia él.

Blake alzó su copa.

—Sí. Y uno bastante bueno, además. Una cosa hay que reconocerle a Greg, sabe mucho de bebidas. ¿Quieres uno?

—No.

—No estás embarazada. Así que tú también puedes beber.

—No me gusta mucho.

Blake se encogió de hombros.

—Como quieras. Entonces, ¿por qué no le dijiste a Mallory la verdad?

Hubiera pagado por el chalet —cambió de tema.

Shelley le apuntó con el mentón. Sus ojos brillaban beligerantes.

—No puedo permitírmelo, y no quería deberte nada.

—¿Crees que hubiera esperado un servicio especial por tu parte? —Alzó las cejas y la miró fijamente. Si no fuera por aquella estúpida barriga, tendría una figura sensacional. Además de la cara de un ángel. Le dio un sorbo al whisky para pensar en otra cosa. Mejor beber alcohol que dar rienda suelta a sus fantasías acerca de cómo se desenvolvería Shelley en la cama. Como si pudiera adivinar sus pensamientos, Shelley sintió un ligero rubor acudir a su rostro. Ciertamente no era capaz de leer sus pensamientos, así que probablemente le resultaba incómodo que la mirara tan descaradamente. Blake la volvió a mirar a los ojos. Para casi ahogarse en su azul profundo.

—Tal vez.

—No piensas muy bien de mí.

Ella se encogió de hombros.

—No te conozco lo suficiente como para tener una opinión.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Su voz se suavizó— Estoy agradecida por todo lo que has hecho. Eso no significa que sepa si puedo confiar en ti o no.

—Puedes confiar en mí. Créeme —dijo. Aunque se imaginara cómo era desnuda o cómo sería si estuviera acostada en su cama, nunca la tocaría en contra de su voluntad.

—De acuerdo.

—Bien. —Le ofreció un brindis con su copa— Podríamos haber llegado a un acuerdo. No me abalanzaré sobre ti y pagaré por el chalet.

—No —protestó—. No quiero deberte nada.

—Si no pago el chalet, estaremos en deuda con Mallory y no quiero.

—Eso es diferente. Se ofreció voluntariamente.

—Porque pensaba que estabas embarazada.

—Muy bien. Debería haberle dicho la verdad, pero no voy a dejar que pagues por mí. Pagaré mi parte.

—No te lo puedes permitir —le recordó.

—Sí puedo. Pero tendré que emplear todos mis ahorros. —Cruzó los brazos por delante de su pecho. Parecía enojada porque él había puesto el dedo en la llaga. Blake solo quería hacerle entender que no tenía que mentir para quedarse allí. Suspiró por dentro. Por supuesto que habría sido mejor mantener la boca cerrada, pero, ¿cuándo había puesto en práctica aquel

razonamiento?

—Pagaré por ti. No te preocupes —dijo, porque podía ver por su expresión cuánto pesaba sobre ella la posibilidad de gastar tanto dinero por una o dos noches.

—No.

—Como quieras. —Blake alzó su copa y se la bebió toda de un solo trago.

Nieve. Nieve. Y más nieve.

Aun no se veía otra cosa que un muro blanco de copos de nieve. Blake se alejó. La vista era preciosa. Un idilio navideño propio de un cuento ilustrado, nada con lo que quisiera estar relacionado.

Shelley se afanaba en la cocina. Había murmurado algo acerca de hornear unas galletas.

Fue hacia donde estaba, no porque quisiera estar con ella, sino porque sus pies habían desarrollado un automatismo propio que simplemente lo condujo en su dirección. Hasta que se plantó de pie junto a ella.

—¿Estás haciendo galletas? —preguntó innecesariamente, porque podía ver que era precisamente eso lo que hacía.

—Sí. —Shelley observó la masa que acababa de estirar. Sus ojos brillaron. Le divertía estar allí y preparar la masa para las galletas. No se precisaba ser psicólogo para verlo. Una cálida sensación se propagó por su estómago. Se veía tan hermosa con sus mejillas ligeramente enrojecidas, los ojos brillantes y un mechón de pelo colgando de su cara.

Entonces miró su barriga. La burbuja romántica que lo había traído hasta allí estalló en su cabeza al notar su forma redonda.

—¿Te gustaría ayudarme? —preguntó ella.

—Sí, ¿por qué no?

Le colocó un cortador en la mano. Papá Noel con un saco al hombro. Bueno, ¿qué otra cosa podría ser?

—Toma, puedes darle forma a las galletas.

—De acuerdo.

Mientras Shelley estiraba otro trozo de masa a su lado, él cortaba las galletas. Trabajaban uno al lado del otro en silencio. Aunque Blake no miraba a Shelley, cada fibra de su cuerpo era consciente de su presencia. Como si irradiara algo que lo atraía irresistiblemente. Cuando extendió su mano para colocar las figuras que había recortado en la chapa de metal, le tocó el brazo. El breve roce fue como una descarga eléctrica.

—Lo siento —murmuró.

—No hay problema —respondió ella. Su voz sonaba más profunda. Diferente de lo usual. La miró brevemente por el rabillo del ojo. Sus mejillas estaban más rojas que antes. Tal vez tenía calor. Pero tal vez ella, al igual que él, había percibido lo cargada que estaba la atmósfera que ambos compartían. Nuevamente la observó mientras amasaba. Sus manos estaban cubiertas de harina. A la punta de su nariz había ido a parar una poca más. Blake alargó la mano y se la limpió. Shelley lo miró sorprendida.

—Solo había algo de harina —le explicó.

—Oh. Gracias.

No lo hubiera creído posible, pero la atmósfera se hizo aun más intensa. Le hubiera gustado atraer a Shelley hacía sí. Tan cerca, que su cuerpo se apretara contra el suyo. Y luego la besaría. Degustaría la dulce masa, que acababa de probar, en sus labios. Introduciría sus manos por debajo de su camiseta, las deslizaría por encima de su suave piel...

Tuvo que parar. Shelley había dejado bien claro que no quería nada de él. Su mirada recelosa cuando dijo que no confiaba en él, todavía estaba muy presente en su mente. Así que volvió a su tarea. Cortó un estúpido Papá Noel tras otro. Luego colocó las últimas galletas en una bandeja de hornear engrasada.

—Ya se puede poner la bandeja en el horno, en la barra del medio. Está precalentando —dijo Shelley.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo tienen que estar dentro?

—Diez minutos deberían ser suficientes.

Blake introdujo el tiempo. Luego cruzó los brazos delante de su pecho y se apoyó contra la encimera de la cocina. Shelley probablemente no estaba aun muy satisfecha con la masa. Seguía trabajándola.

—¿No está ya suficientemente plana?

—No del todo, pero casi. —Alzó la vista— Espero ansiosa a que las galletas estén listas. Me encantan las galletas de Navidad.

—Hmmm. —Es todo lo que Blake pudo decir. Poco a poco la cocina se

iba impregnando con el olor de las galletas que estaban en el horno. Olía a pan de jengibre, canela y azúcar vainillado. Se le hizo agua la boca. No importaba lo que pensara de la Navidad, le gustaban las galletas recién horneadas.

—Ahora puedes continuar. —Ella se apartó para dejarle espacio en la superficie de trabajo— Voy a preparar el glaseado para las figuras de jengibre.

—De acuerdo.

Mientras Blake volvía a llenar otra bandeja con Papá Noeles, Shelley abrió algunos armarios de la cocina.

—Tiene que estar aquí, en alguna parte —murmuró. Se aupó sobre sus pies y abrió uno de los armarios superiores. Blake la observaba. Si se estiraba un poco más, el suéter quedaría lo suficientemente alto como para que se pudiera ver una franja de piel desnuda. Solo un poco más.

Se sentía como un adolescente intentando mirar por debajo de la falda de una chica. Aun así, no podía quitarle los ojos de encima.

—Ahh, ahí están —exclamó triunfante Shelley y se estiró más hacia arriba para alcanzar una de las jarras de plástico azul que estaban en el estante. Apoyándose contra la encimera de la cocina, se las arregló para bajar una. Por un momento, su barriga quedó completamente aplastada. Sin que ella se diera cuenta.

—¿Shelley?

—¿Sí? —Se volvió hacia él, sosteniendo triunfalmente su hallazgo— Es ideal para batir las claras a punto de nieve.

—Bien. Pero, ¿qué le... ehm... ha pasado a tu figura? —Blake señaló la parte central de su cuerpo. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Acababa de comprimir por completo aquella extraña parte de su cuerpo de manera que ya no se veía. Pero aquello no era todo, porque su "barriga" estaba torcida a la altura de las caderas.

—¿Mi...? ¿Qué? —Shelley bajó la vista para contemplarse. Cuando levantó la vista, su cara tenía un color rojo intenso— Esto es... tan...

—¿Por qué no me dijiste que llevabas relleno? ¿Uno que te hiciera parecer embarazada?

—¡Porque no es asunto tuyo! —Shelley lo miró desafiante.

—Tienes toda la razón, no es asunto mío. Aun así, sería bueno saber que

confías en mí. No tienes que esconderte o disfrazarte aquí. Por la simple razón de que no hay nadie más que nosotros. Entonces, ¿para qué todo esto?

—No había pensado en ello. —Se encogió de hombros— Además, me he acostumbrado tanto que no se me pasó por la cabeza.

—¿Oh? ¿En serio? —Aunque no fuera asunto suyo, porque Shelley podía hacer lo que quisiera, estaba enojado. Lo había engañado. Probablemente porque pensó que el embarazo fingido era suficiente para evitar que le acudieran a la mente pensamientos estúpidos.

Lanzó el cortador de galletas sobre la encimera, se dirigió precipitadamente a la antesala, se puso los zapatos y abrió la puerta. El aire frío mezclado con copos de nieve le golpeó la cara. Justo lo que necesitaba en aquel preciso momento.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de Blake, a Shelley la embargó la mala conciencia. Blake dijo que podía confiar en él. Desde que lo había conocido, se había comportado como un consumado caballero. No solo la había recogido en la carretera, sino que también la había hecho sentir protegida. Pero en vez de decirle la verdad, había continuado con aquella farsa. Como si Blake fuera el tipo de hombre que se abalanzaría sobre ella en cuanto dejara de correr por ahí con la apariencia de un enorme tonel.

Ahora estaba afuera y descargaba su furia contra la madera, que partía con un hacha. Shelley se acercó a la ventana. Qué espectáculo. Blake estaba de pie bajo el voladizo, con una simple camiseta. Con cada golpe del hacha podía admirar lo desarrollados que estaban los músculos de sus brazos. Luego la cosa se puso aun mejor, Blake impaciente se quitó la camiseta por la cabeza. Su piel resplandecía de sudor. La parte superior de su cuerpo era una escultura muscular bien definida.

Hacía más calor y no se debía a las galletas que estaban en el horno. No, aquel calor lo provocaba las vistas que él le ofrecía. Como si no hubiera hecho otra cosa el resto de su vida, Blake colocó un tronco sobre un tocón de madera, levantó el hacha y lo partió en dos mitades con un solo movimiento. Luego le tocó el turno a otro y, luego, a otro. Sus músculos estaban perfectamente sincronizados.

De repente, ella se alegró de que él hubiera descubierto su disfraz. De que supiera la verdad. Entonces se miró a sí misma. La falsa barriga aun le arruinaba la figura.

—Oh, Dios. —Mientras tuviera aquellas pintas, no tendría que preocuparse por nada. Ningún hombre la tocaría, ni siquiera pensaría en verla desnuda.

Al dirigir su mirada a Blake, vio que la pila de madera partida aumentaba. Sus movimientos se ralentizaban. Pronto dejaría de cortar leña. Shelley se dio la vuelta y se fue a su habitación. Era hora de deshacerse de aquel disfraz.

Blake no sabía cuánto tiempo llevaba allí afuera, partiendo leña como un loco. Una cosa era segura, estaba exhausto, sudoroso y tenía que ducharse. También tenía que disculparse con Shelley por haber actuado como un idiota. Ella tenía razón. Apenas lo conocía, no tenía motivos para confiar en él. ¿Y si en realidad era un tipo que cogía lo que quería? No podía saber si nunca haría algo así. Además, ella podía ir por ahí como quisiera. No estaba obligada a contarle nada.

Con un golpe preciso clavó el hacha en el tronco de madera, luego se puso la ropa y entró. Cuando estuvo en la cocina, apareció ante sí una escena inusual. Shelley estaba de pie ante a la cocinilla. Su figura era esbelta. Se había anudado la camiseta de manera que acentuaba su cintura y no le colgaba como si fuera un saco. Tenía un cuerpo de infarto, y Blake notó literalmente que la sangre se le desplazaba hacia las partes inferiores de su cuerpo. ¡Maldita sea! Shelley había dejado claro que no quería nada de él. Él la haría cambiar de opinión. Tenía que hacerla cambiar de opinión, porque quería saber cómo era sin aquella ropa informe. Quería verla desnuda, debajo de él, con una expresión de éxtasis en el rostro. Se le secó la boca. Se aclaró la voz una vez y, luego, otra.

Shelley se volvió hacia él. En su rostro había una expresión que él no sabía interpretar.

—Lo siento. No tenía derecho a reprocharte nada o decirte lo que tienes que hacer —dijo Blake.

Durante un instante, reinó el silencio. Blake estaba esperando ansiosamente su reacción. Ella no iba a rechazar sus disculpas, ¿verdad? Tan

mal no se había comportado.

—Está bien. —Shelley se volvió al horno, se puso unos gruesos guantes y sacó la bandeja. El olor a pan de jengibre llenó inmediatamente la cocina. Una extraña sensación se apoderó de Blake. Nostalgia.

Nostalgia de una familia que celebraba una Navidad tradicional. Nostalgia de un árbol decorado, del aroma de las galletas y de los regalos que se abrían la mañana de Navidad.

Era la primera vez que se permitía sentir tanta emoción en Navidad. Normalmente la fiesta solo le causaba problemas. Todo el mundo estaba de compras, cocinando y celebrando con la familia. Ni siquiera podía escaparse a la oficina, porque eso habría sido demasiado embarazoso incluso para él. Trabajar cuando todos los demás estaban celebrando. No, durante años había pasado aquellos días en Miami, en un apartamento con vistas sobre la ciudad. Alejado del circo navideño. En Florida no tenía que preocuparse de que nevara repentinamente. Como aquí. Llenaba el congelador con comida preparada, miraba videos en streaming que nada tenían que ver con la celebración, y se quedaba allí atrincherado hasta que cesaba la locura.

Esta vez, el destino había frustrado sus planes. Junto con Shelley, que gracias a las galletas había traído otro pedazo de Navidad a una casa en la que ya antes parecía que Papá Noel iba a pasar sus vacaciones.

—Eso huele muy bien —dijo sin embargo, para encubrir su momentáneo bajo estado de ánimo y mostrarle a Shelley que no le reprochaba nada.

—Sí, ¿no es verdad? —Cuidadosamente amontonaba las pastas en un plato— ¿Qué tal si hacemos té y nos comemos nuestras galletas? —Lo miró. Una sonrisa se dibujaba en sus ojos. Algo había cambiado. No sabía exactamente qué, pero lo averiguaría.

—Eso suena bien. Solo necesito meterme en la ducha primero.

—De acuerdo. Prepararé té mientras tanto.

—Bien. No tardaré mucho.

Blake entró en la habitación que Shelley le había dejado. Si de él dependiera, pasarían la noche juntos. La imagen de Shelley apareció en su mente. Se había cambiado de ropa. Por primera vez, acentuaba su figura a través de la ropa en lugar de ocultarla. Y luego aquella sonrisa. Sacudió la cabeza. Probablemente todo aquello era solo una ilusión, pero tenía la impresión de que Shelley no se oponía a coquetear con él y quizás incluso a extender el

coqueteo a una noche compartida. Si aquel era el caso, tenía que tener cautela. Cuidado. Tenía que aclararle que solo estaba interesado en una aventura. Uno o dos maravillosos días que no tendrían continuación. Sin llamadas telefónicas, sin mensajes de texto, sin promesas.

Se colocó bajo la ducha y dejó que el agua caliente cayera sobre él. Le hizo bien, relajó sus músculos y le ayudó a pensar con claridad. Trazó un plan. Sonriendo satisfecho, cerró el grifo del agua, se secó y se puso la camisa que se había quitado antes de empezar a cortar la leña. Luego regresó a la sala de estar.

A esas alturas ya no le importaba experimentar el romance navideño al completo. Si tenía que ser romántico, lo sería, decidió. Se dirigió a la chimenea y colocó un poco de lana de madera dentro, encima puso unos cuantos palos. Luego le prendió fuego a todo. Al poco tiempo pudo colocar troncos más grandes hasta que el fuego crepitó en la chimenea. Satisfecho con su trabajo, dio un paso atrás.

Fuego en la chimenea. Una cabaña remota de madera. Un paisaje invernal cubierto de nieve ante las ventanas. Condiciones ideales para seducir a una mujer. Miró a Shelley.

—Buena idea. —Esta señaló el fuego y luego llevó la bandeja a la mesa de café, frente a la chimenea. Se sentaron. A la izquierda de Blake estaban los grandes ventanales que ofrecían vistas al paisaje invernal, frente a él, la chimenea donde ardía el fuego. Y luego estaba el árbol de Navidad. Aunque Blake no podía verlo, era consciente de la atmósfera navideña. Pero en vez de escapar de toda aquella cursilería, cogió una de las galletas y se recostó, decidido a disfrutar de todo aquello. Tan pronto como tuvo el primer bocado en la boca, sintió de inmediato todo el sabor navideño en su lengua. Nuez moscada, jengibre, canela. Y junto a todo eso el dulzor del glaseado. Le vinieron a la mente imágenes de días mejores. De las fiestas de Navidad que habían tenido lugar cuando su mundo aun estaba en orden. De regalos que no podía esperar a desenvolver cuando era un niño. De padres que estaban igual de alegres que sus hijos. Así es como debería ser la Navidad.

—Estas son las mejores galletas que he comido en mucho tiempo —le dijo a Shelley.

—Gracias. Son mis favoritas. No puedo imaginar la Navidad sin galletas de jengibre y Snowballs.

—Eso creo yo —murmuró sin mencionar que él también había celebrado aquellos días en los últimos años así. Y le parecía que aquello era justo lo

adecuado para él. Ahora no estaba tan seguro de eso. La miró. Sus rubios rizos le caían sobre los hombros, enmarcando su rostro, tan hermoso como el de un ángel. Un ángel al que le gustaría seducir, allí, delante de la chimenea, más tarde en su cama, bajo la ducha... Cerró los ojos. Tenían que parar de imaginarse aquello, de lo contrario no podía garantizar nada.

Cuando volvió a abrir los ojos, Shelley estaba mordiendo una galleta de jengibre, sus ojos azules miraban en su dirección. El olor de las galletas se mezclaba con el olor del abeto. El fuego ardía en la chimenea y creaba un ambiente acogedor en el que todo parecía posible. Se levantó y le echó leña al fuego, aunque era completamente innecesario. Pero necesitaba una razón para acercarse a ella. Cuando se sentó de nuevo en el sofá, procuró colocarse lo más cerca posible a ella, que estaba sentada a su derecha, en un sillón. Si también hubiera estado sentada en el sofá, podría haberla atraído a sus brazos en aquel preciso instante. Pero así, tenía que superar la barrera de los dos reposabrazos.

—Tal vez me convierta en un fanático de la Navidad —dijo, mirándola fijamente a los ojos.

—Consideraré eso como mérito mío.

—Por supuesto. —Se inclinó sobre ella tal y como se había imaginado. Su boca estaba a unos centímetros de la de Shelley. Ella se acercó, sin retirar la mirada. ¡También quería! El pensamiento fue como una descarga eléctrica. Sin embargo, se detuvo. Se le acercó lentamente. Y rozó sus labios. Muy levemente, un ligero contacto. Un susurro. Un roce tan delicado que ella apenas lo percibió.

Unos fuertes golpes en la puerta rompieron el silencio. Shelley se encogió de hombros. Realizó un abrupto movimiento, que a Blake le sentó como una bofetada en la cara.

—Hola, ¿ya os habéis acomodado? Deposité su equipaje en la antesala —sonó la voz de Greg. Apareció en el marco de la puerta. Su chaqueta de invierno estaba cubierta de nieve.

—Muchísimas gracias. Es muy amable de su parte. ¿Quiere una taza de té? Hemos hecho unas pastas —dijo Shelley. Se avergonzaba de que la hubieran pillado con las manos en la masa, eso estaba claro. Blake no estaba avergonzado. Al contrario. Había estado exactamente donde quería estar antes de que Greg apareciera y lo estropeará todo. Ahora Shelley tenía tiempo para pensar si era buena idea empezar algo con Blake. Y como Blake conocía a las mujeres, sabía que llegaría a la conclusión de que era mejor no hacerlo.

Luego lo haría participar en una conversación, que duraría al menos una hora, para enumerarle todas las razones por las que aquella decisión resultaba correcta. Y él se encontraría en la posición de tener que considerar constantemente si ella quería que le diera la razón o si protestar era la mejor opción.

—A eso no le digo que no. —Greg desapareció en la antesala, donde se quitó la chaqueta y se cambió las botas por unas zapatillas de fieltro. Blake aprovechó la oportunidad para darle a Shelley la manta que había detrás de él en el sofá.

—Toma, envuélvete con ella. Rápido.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque aun estás embarazada, por eso!

—Oh. —Se miró a sí misma. Allí donde debería haber estado su barriga. Entonces agarró la manta.

—El tiempo está loco —sonó la voz de Greg. Luego se acercó a ellos y se dejó caer en un sillón frente a Blake—. No puedo recordar la última vez que cayó tanta nieve.

—Sí, el clima es cada vez más impredecible —murmuró Blake.

—Blake, ¿podrías traerle un plato y una taza a Greg? —susurró Shelley. La mirada que le dedicó, le dijo otra cosa. Algo así como: «Hazlo, idiota, no puedo levantarme».

—Sí, por supuesto.

—No se molesten por mí —protestó Greg con poco entusiasmo.

—Es lo menos que podemos hacer por usted —dijo Blake. Aunque hubiera preferido decir otra cosa. Algo como: «Sería mejor que se marchase antes de que oscurezca». Algo que hiciera que Greg los dejara en paz. En lugar de eso, cogió un plato y una taza y se sentó, mientras Shelley le servía té a Greg y luego le tendía la taza.

—Muchas gracias. —Greg sacó una petaca de su bolsillo y se sirvió generosamente— Es el único remedio contra el frío exterior —explicó y le dio un gran sorbo al té, que probablemente ahora tenía más graduación alcohólica que el whisky que Blake se había tomado antes— Parece que tendrán que pasar los próximos dos días aquí. Hasta entonces durarán las nevadas. Y las máquinas quitanieves siempre tardan un tiempo en pasar. Lo siento mucho, pero van a tener que quedarse aquí el día de Navidad.

—Eso no es tan malo. Esto es muy bonito. Transmítale a su esposa los agradecidos que estamos por su hospitalidad —dijo de nuevo Shelley.

Hablaba como una cotorra. Si seguía así, nunca se desharían de Greg.

—Me alegro, me alegro. Sí, Mallory tiene un corazón blando. Siempre ha sido así. —Una snowball entera desapareció en la boca de Greg— Están realmente buenas. Tiene mano para la cocina —le dijo a Shelley. Estupendo. Ahora además le hacía cumplidos. Shelley miró a Greg con los ojos radiantes, y Blake sintió una extraña sensación en el estómago. Una que no pudo identificar exactamente. Solo sabía que no le gustaba.

—Greg, tengo que hablar contigo sobre el asunto del pago —dijo Blake. Shelley le lanzó una mirada. En sus ojos se percibía la preocupación, probablemente porque no sabía cómo reaccionaría Greg ante la noticia de que no estaba embarazada.

—Eso ya está arreglado. Mallory no permite que nadie le hable de eso —murmuró Greg y agarró otra pasta.

—Es solo que... ella pensó que yo estaba embarazada, y ese no es el caso.

—¿No lo está?

—No. —Shelley tiró de la manta decidida, pero luego decidió mantenerla donde estaba, envuelta firmemente alrededor de su inexistente barriga— Llevaba un relleno. Era como una broma de Navidad —le lanzó una mirada a Blake. Este no dijo nada. Si ella quería llamarlo broma, él no iba a impedirlo. Por alguna razón, Shelley no quería confesar la verdad. Pero él averiguaría qué había detrás de todo aquello.

—Oh. Pues bien —murmuró Greg, quien obviamente no sabía qué decir.

—Pagaremos por el chalet, por supuesto —dijo Blake.

—Bueno, está bien. Supongo que eso es lo correcto.

—Por favor, dígame a Mallory cuánto lamento no haberla sacado de su error. —Shelley levantó las manos en un gesto de impotencia— Nos sorprendió tanto y necesitábamos un lugar para pasar la noche, por eso... debería haberlo aclarado todo de inmediato.

—Está bien. No se preocupe por eso. Mallory no es rencorosa. —Greg se levantó— Bueno, ahora tengo que irme. Gracias por la invitación.

—Que llegue bien a casa. Y gracias por haber traído nuestro equipaje —dijo Shelley.

—Sí, y salude a su esposa —dijo Blake. Solo porque sintió que también él tenía que contribuir con algo cortés. Luego, por fin, la puerta se cerró detrás de su anfitrión.

—Greg y Mallory son unas personas maravillosas —dijo Shelley.

—Sí, lo son —estuvo de acuerdo Blake. ¿Qué más podía decir? ¿Que le hubiera gustado abofetear a Greg?

—Voy a recogerlo todo. —Shelley se levantó, puso los platos uno encima del otro y desapareció en la cocina.

Blake también se levantó y la siguió. No se daría por vencido tan rápidamente. Shelley había estado a punto de dejarse besar, si actuaba inteligentemente y no le daba tiempo a pensar, podría quizás volver a llevarla a la posición en la que la quería tener.

Cuando entró en la cocina, Shelley estaba ocupada llenando el lavavajillas con enérgicos movimientos. Se irguió. Un plato se le escapó de las manos y se estrelló contra el suelo de piedra emitiendo un fuerte sonido.

—Oh, no. Qué torpe soy. —Se dio la vuelta alejándose de él, se dirigió a uno de los elevados armarios y abrió algunas de las puertas.

—¿Qué estás buscando?

—Un recogedor y una escoba, por supuesto —respondió ella sin emerger del armario detrás de cuya puerta se escondía—. Aquí están. —Salió de su escondite sosteniendo en alto un recogedor de plástico rojo con una escoba a juego. En el recogedor había estampado un Papá Noel. Por supuesto. ¿Qué otra cosa si no? Como si todo el chalet no fuera ya un auténtico homenaje a aquellas fiestas. A esas alturas, Blake ya estaba casi curtido.

Shelley se le acercó de nuevo, con la mirada fija en los pedazos rotos. No quería mirarlo, eso estaba claro.

Blake cruzó sus brazos delante de su pecho y apoyó una cadera en la barra americana, luego la contempló mientras lo recogía todo con movimientos nerviosos.

—¿Te ayudo? —preguntó, más bien por cortesía, porque ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

—No, no, ya está. —Ella lo miró solo un instante. Muy brevemente, porque inmediatamente bajó la cabeza de nuevo y fingió que buscaba pequeñas esquirolas, que no se veían en leguas a la redonda.

—Creo que ya lo has recogido todo —dijo solícitamente Blake.

—Nunca se sabe, quiero estar segura.

—Bueno, está bien.

Se quedó donde estaba, aunque se daba cuenta de que Shelley esperaba que él perdiera el interés. Al fin, esta se levantó, tiró las esquirolas a la basura y devolvió el recogedor y la escoba a su sitio. Entonces se volvió hacia él,

ruborizada. Blake dio un paso en su dirección, luego otro. Shelley retrocedió hasta que tuvo que parar a causa de la encimera. Ella lo miró, con una expresión en sus ojos que mostraba lo insegura que se sentía.

—¿No deberíamos continuar donde lo habíamos dejamos? —preguntó Blake con un ronco susurro.

—Yo... no lo creo.

—¿Por qué? —le susurró la pregunta al oído, tan cerca, que, sin duda, ella pudo sentir su aliento.

—Porque no es una buena idea.

—¿No lo es? Yo creo que sí. —A pesar de sus palabras, dio un paso atrás para dejarle más espacio. Shelley había reaccionado exactamente como él se había temido.

—Ambos sabemos a dónde nos conduciría un beso así. Por eso no creo que sea una buena idea. Dentro de un par de días no volveremos a vernos.

—Eso es lo que tiene de bueno esta situación. Ambos sabemos en lo que nos estamos metiendo. Sexo sin ninguna obligación. Unas fabulosas horas pasadas en un refugio de montaña cubierto de nieve. Una Navidad romántica que solo celebramos nosotros dos. Cena a la luz de las velas, fuego en la chimenea. Sexo sensacional en esa enorme cama. ¿Qué hay de malo en eso? No te prometo un gran amor, ni que te vaya a llamar después. Ninguno de los dos se sentirá decepcionado, porque ninguno esperará nada del otro.

—No sé si estoy hecha para eso.

—¿Es por tu ex? ¿El tipo que te trataba mal?

—No, no es eso. —Miró hacia otro lado. Una inequívoca señal de que mentía. Entonces se trataba de otro hombre. Uno de esos imbéciles que trataban mal a las mujeres. Hervía de rabia.

—Dime quién es y me aseguraré de que no te vuelva a molestar.

—No es lo que piensas.

—¿No? Estoy bastante seguro de que es exactamente lo que pienso.

—No, no es eso. —Ella se alejó de él, colocó unas copas en un armario con estantes que había abierta frente a ella— No me conoces.

—Entonces háblame de ti. Tengo tiempo.

—No sé si eso es una buena idea.

—¿Ocultas algo?

Ella Miró hacia otro lado.

—Sí. O mejor dicho, no, en realidad no. Pero eso no significa que te lo vaya a contar todo.

Durante unos instantes reinó el silencio. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Todo giraba en torno a cómo podía convencer a Shelley para que compartiera su idea. Era guapa, tenía un cuerpo fabuloso y una forma de ser que le fascinaba. A diferencia de la mayoría de las mujeres que conocía, so se había lanzado sobre él ni había tratado de impresionarlo. No podía recordar la última vez que le había costado tanto llevarse a una mujer a la cama. Y eso era exactamente lo que lo ponía todo tan interesante.

—¿Sabes qué? Vamos a jugar. Vamos a jugar a verdad o atrevimiento.

—¿Crees que es una buena idea?

—Sí. Puedes hacerme cualquier pregunta que quieras.

—Y tú a mí.

—Exacto. —Ella vaciló —Vamos —dijo Blake—, Es solo un juego.

—Bueno, bien —accedió ella al fin.

Tenía las manos húmedas. Estaba nerviosa, aunque no había razón para ello. Después de todo, no tenía que decirle nada que no quisiera revelar. Podía mentirle porque Blake nunca sabría la verdad. Tan pronto como parara de nevar, seguirían caminos diferentes. O un poco más tarde, tan pronto como llegara a Waterville.

Aun así no quería hacerlo. Sentía que estaba mal. Sin embargo, había dicho que jugaría. Así que diría la verdad aunque tuviera miedo de la reacción que pudiera tener Blake. Pero quizás tuviera suerte. Tal vez no le planteara la pregunta que temía que le planteara. Respiró hondo y se sentó frente a él. Delante de ellos, en el suelo de madera, una botella vacía con su corcho. La persona a quien la botella señalara cuando parara de girar podría hacer la primera pregunta o exigir que se realizara una acción determinada. Dependiendo de lo que el otro escogiera.

—¿Estás lista? —Blake la miró. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Y, ¿por qué no? Él no tenía secretos. No estaba huyendo de un hombre a quien le había robado treinta mil dólares.

—Sí. —Esforzándose por que su expresión fuera neutra, le devolvió la mirada y trató de ocultar su nerviosismo.

—Bien. —Blake alargó la mano, agarró la botella y la hizo girar.

Aquella maldita cosa, por supuesto, lo señaló. Lo sabía. Casi tenía la impresión de que Blake lo había manipulado todo para resultar elegido. Solo que no sabía cómo lo había hecho ante sus ojos. Así que no había sido otra cosa que su habitual mala suerte.

—¡He ganado! —Blake le sonrió. Un brillo feliz destellaba en sus ojos.

—Bueno, bien. —Shelley apoyó su espalda contra el sofá que estaba detrás de ella, cruzó sus brazos delante de su pecho y esperó a que pronunciara las conocidas palabras.

—¿Verdad o atrevimiento?

—Atrevimiento —contestó sintiendo náuseas en el estómago. Quizá debería haber respondido con «verdad», pero aun no estaba preparada.

—Toma. —Le sirvió un whisky y sostuvo el vaso en alto— Bebe esto.

—¿Quieres emborracharme y luego seducirme?

—Ese era el plan. Pero como me has descubierto, me conformo con que te relajes.

—Si alguien necesita relajarse, eres tú —refunfuñó ella, cogió el vaso y se sentó.

—¡Para! Espera.

—¿Qué pasa ahora?

—No pretenderás tomarte una malta de ochenta años de un solo trago, ¿verdad?

—Claro que pretendía eso.

Él puso en blanco los ojos.

—Bébetelo despacio. Disfrútalo. Deja que el sabor se funda en tu boca.

—Eso no formaba parte de tu «atrevimiento»

—Es cierto. Pero quiero que saques algo bueno de beber whisky.

—De acuerdo. —Shelley le dio un cauteloso trago al whisky. Aquella cosa le quemaba la garganta. Ahora sabía por qué los indios lo llamaban aguardiente. Pero entonces percibió el sabor ahumado del whisky. Sabía a fuego, a hombres partiendo leña con el torso desnudo. Sabía a... Interrumpió sus pensamientos.

—Interesante. —Volvió a tomar otro trago. Esta vez estaba preparada para ello, sabía, cuáles iban a ser los sentimientos que la bebida le despertaría.

—¿Sabe bien?

—Sí. Sorprendentemente bien.

—Calienta la copa entre tus manos y el sabor variará.

Shelley hizo lo que él le dijo. Con el vaso en su mano derecha, señaló con su mano izquierda a Blake.

—Ahora me toca a mí. ¿Verdad o atrevimiento?

Blake vaciló, la miró fijamente a los ojos como si quisiera saber si era

mejor decir la verdad o esperar que el «atrevimiento» al que le sometiera no fuera tan malo.

—Atrevimiento —dijo sin apartar la mirada.

—De acuerdo. Te lo pondré fácil. Porque soy buena y creo que deberíamos estar igualados. —Alcanzó la botella y le sirvió una copa. Luego sostuvo el vaso en alto.

—Eso es el doble de lo que yo te serví —comentó Blake.

—Eres un hombre. Puedes beber más.

—Se diría que quieres emborracharme y luego seducirme —dijo. Luego le dio un trago. Shelley lo observaba. Quería saber si él reaccionaba igual que ella con el whisky. Si él también pensaba en tener sexo delante de la chimenea cuando la bebida atravesaba su garganta. Desafortunadamente, ponía mejor cara de póquer que ella, porque su expresión no reveló nada. Nada en absoluto. Pero tal vez ella era la única a la que le excitaba la perspectiva de una voluptuosa noche.

El vaso de Blake aun estaba medio lleno cuando preguntó «¿verdad o atrevimiento?».

—Verdad —respondió Shelley. La sensación de náuseas en su estómago se intensificó. Decir la verdad le asustaba más que cualquier cosa que Blake pudiera pedirle que se «atreviera» a hacer.

—Verdad entonces. —Él la miró pensativo. Esta vez no como si quisiera mirar en su interior, quizás porque ya lo había hecho, pues Shelley sentía que era un libro abierto para él. Blake sonrió como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—No estás embarazada —afirmó.

—¿Esa era tu pregunta?

—No, eso ha sido una afirmación. Y si no estás embarazada, podrías haber mentido en lo que se refiere a tu novio.

—Nunca te dije que estaba embarazada.

—Así es, pero actuaste como si lo estuvieras y no quisieras admitirlo.

—Eso es hilar demasiado fino.

—Como quieras. —Blake le dio un trago a su whisky— ¿Estás soltera?

—Sí —se le escapó, tan aliviada por la pregunta que no se lo pensó. Había temido que le preguntara por Tyrone, intentando averiguar qué hacía realmente en Lac-Mégantic. Vale, no era un verdadero secreto, pero hablar de su trabajo podría destruir el cordial ambiente que se había creado entre ellos más rápido que un misil con detonador atómico.

—Bien.

Esta vez su mirada hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. De nuevo, acudieron a ella imágenes de Blake. Este de pie, afuera, con aquel frío y su torso desnudo. Sus músculos, que se marcaban con cada golpe de hacha. Se preguntaba cómo sería pasarle la mano por la piel, besarle, tener sus cálidas manos sobre su..... Ya bastaba. Aquello tenía que ser el maldito whisky que confundía sus pensamientos y la hacía ir en una dirección que podía volverse peligrosa.

—¿Qué hay de ti? —preguntó e intentó poner en orden sus pensamientos de nuevo.

—Soltero.

—Hm.

—¿Qué quieres decir con «hm»? —preguntó él.

—Nada.

—Nada. No me digas. Bueno, entonces, ¿verdad o atrevimiento? —Hablabas con suavidad, como con una caricia, con una voz tan grave como el terciopelo rozando la piel desnuda.

—Verdad.

—¿Quién es ese tal Tyrone? —Blake había formulado finalmente la pregunta que no quería contestar.

—Tyrone no es mi ex novio. Apenas conocía a ese tipo cuando llegué a Lac-Mégantic —admitió con la esperanza de que Blake se quedara satisfecho con ello. Por supuesto que no fue así, como demostró su siguiente pregunta— ¿Así que aquello fue una mentira? ¿Que querías celebrar la Navidad con él y os peleasteis?

—Sí, eso era mentira. —Suspiró. Parecía que había llegado el momento en que tendría que hablarle de su profesión. Temía su reacción, que de repente la mirara con desprecio porque desempeñaba un trabajo que no le gustaba a muchos hombres— Mi trabajo consiste en localizar a padres que se niegan a mantener a sus hijos. Padres que han abandonado a sus mujeres. —Miró a Blake y lo desafió con la mirada a decir algo al respecto. A que le dijera que lo que hacía estaba mal, simplemente porque los hombres se apoyan entre sí y porque había muchos idiotas que engendraban hijos y dejaban que las mujeres se las arreglaran solas.

—¿Y Tyrone es uno de esos padres?

—Sí. Había investigado previamente y averigüé dónde estaba y que había acumulado una fortuna. Cuando le pregunté, negó tener dinero. Como tantos otros padres, el pobre cretino solo tenía lo suficiente para sobrevivir, pero se las arreglaba para vivir en una mansión, con ama de llaves y un Mercedes aparcado en la puerta principal. Mientras que la madre de su hijo de trece años tenía tres trabajos y aun así no podía pagar el alquiler de su pequeño apartamento de dos habitaciones, donde dormía en el sofá para que su hijo pudiera tener su propio cuarto.

—Es decir, un auténtico imbécil.

—Exacto. Por eso cometí un error.

Blake alzó las cejas.

—Eso suena interesante.

—Lo es, pero también es bastante estúpido. Quería darle a Lila, en nombre de mi cliente, el dinero al que tenía derecho antes de Año Nuevo. Treinta mil dólares, la pensión alimenticia de trece años que nunca había recibido. —Shelley hizo una pausa. Para lo que seguía a continuación necesitaba valor.

—¿Qué hiciste? Vamos, Shelley, no me dejes con la intriga.

—Cuando hablé con él, vi la caja fuerte detrás de su escritorio, estaba un poco abierta, probablemente porque cogí por sorpresa a Tyrone en la oficina que tenía en su casa presentándome sin previo aviso.

—Déjame adivinar. Robaste el dinero de la caja fuerte. ¿Esa es una forma normal de proceder en tu profesión?

—No. Pero no sabía cómo iba a conseguir arrebatarse los treinta mil. Dado que Tyrone tiene su residencia principal en Canadá, habría sido mucho más costoso y laborioso que se le reconocieran a Lila sus derechos por medios legales. Tyrone lo sabía muy bien.

—¿Cómo te hiciste con el dinero?

—Tuve suerte, mientras hablábamos tuvo que salir de su despacho. Para cuando regresó, ya había desaparecido con lo que le correspondía a Lila.

—Apuesto a que el tipo te persigue.

—Posiblemente. Sin embargo, no creo que pueda ser peligroso para mí estando en suelo americano. De acuerdo a nuestras leyes, podría ponerlo tras las rejas ahora.

—Cuando te recogí en la autopista, huías de él. Te estaba pisando los talones. ¿Verdad? Eso explica tu disfraz de Papá Noel.

—Sí. Había enviado a sus hombres tras mi pista. No quería averiguar qué

harían si me atrapaban.

—Es un trabajo arriesgado el tuyo. —Blake se sirvió un whisky. Shelley comprendía cómo se sentía. Ahora, después de haber contado la historia, se puso nerviosa de nuevo.

—Normalmente no. Normalmente amenazo con penas de cárcel, multas y cualquier otra cosa que me venga a la mente. Pero Lila necesitaba dinero con urgencia. Así que puse la nota en la que reclamaba sus derechos en la caja fuerte y saqué lo que le correspondía.

—¿Estás segura de que no te hará seguir más?

—Espero que ya se haya dado por vencido. Sus hombres, al igual que nosotros, tampoco pueden atravesar la nieve. Además, no creo que sospeche que estoy aquí, en el fin del mundo, alejada de los aeropuertos, de la civilización y de todo lo demás. Pero si tienes miedo, encontraré otro medio para proseguir mi viaje. Alguien me llevará.

—¿Estás loca? —Blake la miró indignado. Por alguna razón, el corazón de Shelley se enterneció. Había temido que, después de aquella historia, él la abandonara o, peor aun, se mostrara solidario con Tyrone. Que la acusara de que Lila mentía y que Tyrone no era el padre de su hijo. O que Lila trataba de obligar a Tyrone a casarse con ella por su hijo. Se había temido que le saliera con todos los argumentos que tan a menudo escuchaba.

—Basta ya de hablar de mí —dijo Shelley. Era hora de descubrir los secretos de Blake. Él le intrigaba. Por ejemplo, se preguntaba por qué un hombre como él era soltero. Por qué prefería pasar el día antes de Navidad en la autopista en vez de con su familia.

—¿Por qué no soportas la Navidad? —preguntó.

—Simplemente no me gusta la fiesta. —Intentó poner como pretexto.

—A todo el mundo le gusta la Navidad, y si no, hay un motivo. Un buen motivo. Entonces, ¿cuál es el tuyo?

—Mi padre murió el día de Navidad. De un ataque cardíaco. Tenía nueve años. —Hizo una pausa. Hacía siglos que no hablaba de lo que había pasado aquel día. Básicamente, no podía recordar haber hablado de ello nunca. Solo pensar en cómo su padre se había puesto blanco de repente y había dicho que tenía que acostarse un momento porque no se sentía bien, le provocaba una sensación de malestar.

Al final, su padre le pidió a la madre de Blake que llamara una

ambulancia. Llegaron los sanitarios y se desarrolló una frenética actividad. Transportaron a su padre a la ambulancia, cuyas brillantes luces rojas iluminaban la pared de la casa. Su madre, él y su hermana los siguieron en su propio coche. Poco después, llegaron al hospital. Allí no podían hacer nada más que esperar y confiar en que se recuperara. Recordaba el sucio linóleo blanco que había tenido bajo los pies y que se quedó observando como si hubiera algo que descubrir en él. Simplemente porque ya no podía soportar la preocupación que se atisbaba en los ojos de su madre. En algún momento, salió un médico por las puertas que los separaban de la unidad de cuidados intensivos. Hubo un intercambio de palabras pronunciadas en voz baja. Entonces escuchó llorar a su madre y supo que su padre había muerto.

—Oh. Lo... lo siento mucho. —La voz de Shelley interrumpió sus pensamientos. El efecto de sus palabras, aunque vacías, era semejante al de lanzarle un salvavidas. Porque, ¿qué más se podía decir?

Se encogió de hombros, intentó recuperar la compostura en su interior y sacarse aquellas imágenes de la cabeza.

—Como bien has dicho. Siempre hay un motivo. Al año siguiente, mi madre intentó organizar una fiesta normal. Invitó a nuestros parientes, como siempre. Teníamos árbol decorado, una fiesta, regalos. Todo aquello solo me recordaba cómo había muerto mi padre. Ni siquiera podía disfrutar de los regalos. Al contrario, mi único deseo era que no me volvieran a regalar nada por Navidad. ¿Cómo podía sentirme feliz el día que mi padre nos había dejado? No podía hacerlo. Al año siguiente no teníamos un árbol y tampoco invitamos a ningún pariente. Mi madre cocinó algo especial, pero no muy laborioso. No era como una comida típica de las fiestas. Nos quedamos juntos, vimos la televisión, jugamos al Gin rummy y respiramos aliviados cuando la fiesta hubo terminado. Desde entonces, no he vuelto a celebrar la Navidad.

—Qué pena. —Shelley tragó saliva. Se había esperado muchas cosas, pero con aquella respuesta no había contado— Debe haber sido terrible. Todos los niños quieren que llegue ese día, por los regalos, y tú ya no querías.

—Sentía que traicionaba a mi padre si recibía algún regalo. —Volvió a encogerse de hombros— Simplemente no podía. Mi madre se ha vuelto a casar. Se va de crucero con su marido cada Navidad. Todavía no tiene corazón para celebrar ese día. Mi hermana fue probablemente la que mejor lo

manejó. Tal vez porque ahora tiene hijos propios y cada año organiza una gran fiesta familiar.

—Lo siento mucho. Si lo hubiera sabido, no habría escuchado todas esas canciones navideñas durante el viaje. Debe haber sido terrible para ti. ¡Y el árbol de Navidad en el salpicadero!

—Por extraño que parezca, estuvo bien. —Hizo una pausa—
Transcurrido un tiempo.

—¿Y ahora? —Shelley señaló a su alrededor— El enorme abeto, el olor a galletas, el paisaje cubierto de nieve ante las ventanas. ¿No aborreces cada instante que tienes que pasar aquí?

—No. Tal vez sea porque crecí en Arizona. Allí no hay nieve, ni siquiera en invierno. Y, por lo que respecta al árbol. Creo que tu árbol en miniatura me endureció. Al igual que todas las canciones que tuve que soportar. Además, ya soy lo suficientemente mayor como para saber que mi padre no me culparía si disfrutara de estos instantes. A nadie le sirve de nada que ande por ahí despotricando de la Navidad. —Se volvió un poco hacia ella— Tengo que tomarme la revancha, por supuesto, después de haber padecido tantos tormentos. —Sus ojos brillaban de alegría— Bueno, ¿qué va a ser? ¿Verdad o atrevimiento?

—Atrevimiento —respondió Shelley.

Por un instante reinó el silencio. Blake no dijo nada, como si tuviera que pensar en lo que iba a pedirle.

—Quiero un beso. Un beso de verdad —dijo, y el corazón de Shelley dio un brinco en el pecho. A causa de la alegría y porque se puso nerviosa.

—Un beso —repitió Shelley lentamente.

—¿No te atreves?

—Por supuesto que me atrevo. Es solo que... Apenas te conozco, y me siento rara al besar a un desconocido. Simplemente eso.

—Ya no soy un desconocido. Ya sabes todos mis secretos.

—Como si la aversión a la Navidad fuera tu único secreto.

—Eres la única mujer a la que se lo he contado.

—¿No se lo has dicho nunca a otra? ¿No han querido saber qué se escondía detrás de tu aversión? ¿Nunca te han preguntado por qué no te gusta la Navidad?

—No. Nunca he estado junto a alguien tanto tiempo.

Nuevamente, el silencio se cernió sobre ellos. Sus últimas palabras flotaban en el aire como un eco. Confirmaba lo que había dicho acerca de que

no importaba lo que pasara entre ellos, no sería más que una breve aventura.

—Puedes cambiar de opinión. No quiero obligarte a hacer nada —dijo Blake. Levantó su mano y le retiró un rizo de la frente. Aunque solo le rozó la piel por muy poco tiempo y retiró la mano de inmediato, el gesto fue extrañamente íntimo, tierno, casi como si le hubiera susurrado unas palabras amorosas al oído.

—No me estás forzando a nada. Además, es solo un beso. —Ella se inclinó hacia él. Su corazón latía más rápido que antes. Solo quería besar a un hombre. No es que fuera su primera vez.

Blake no se movió, como si no quisiera asustarla, esperó a ver qué hacía ella. Si realmente se atrevería.

Ella se le acercó lentamente. Sus labios solo estaba a unos pocos centímetros de los de Blake. Y entonces ella lo rozó. Y él, con su boca, con sus labios, que se abrieron levemente, permitió que le introdujera la lengua. Su vacilante tanteo se incrementó. Se convirtió en exploración, descubrimiento.

Blake sabía a whisky. Un sabor ahumado y masculino que se mezclaba con su aroma. Shelley le puso los brazos alrededor del cuello, apretándose contra él hasta que sus cuerpos se fundieron. La lengua de Blake se entrelazaba con la de Shelley, sus manos recorrían su cuerpo. Le quitó la camiseta, le acarició la piel. Con suaves movimientos que la hacían temblar. El mundo a su alrededor se volvió menos importante. Lo único que Shelley percibía era a Blake. Su cuerpo, sus manos. Su boca.

Sus ropas volaban en todas direcciones, desvistiéndose con impaciencia, las lanzaban a un lado. En algún momento ella se había colocado debajo de él, cubierta solo con su ropa interior navideña, ese nombre le había asignado a las bragas rojas y el sujetador a juego que llevaba. Gracias a un ribete blanco, aquella lencería parecía diseñada especialmente para aquellas fechas tan especiales.

Blake se apoyó en una mano y contempló a Shelley. En su boca se dibujaba una sonrisa. Durante unos instantes, Shelley disfrutó de la vista de su musculoso torso. Sus marcados abdominales se prolongaban hacia abajo, allí en donde la cosa se ponía interesante, conformando una «V». Su piel brillaba en la oscuridad a la luz del fuego.

—Me gusta tu ropa interior —observó él con un brillo en los ojos.

—Me alegra que te guste. Pensé que un poco de espíritu navideño no podía hacer ningún daño.

—Eso es cierto. Al fin y al cabo, de eso tenemos tan poco aquí.

Sin apartar la mirada de la de Blake, Shelley levantó lentamente la mano y se desabrochó el sujetador, que se abría por delante.

—Me encanta la Navidad —murmuró Blake. Luego se inclinó sobre ella y la besó.

No era tan fácil levantar los párpados. Una fuerza invisible parecía empujarlos hacia abajo, pero en algún momento Shelley lo consiguió. Por un instante no supo dónde se hallaba. Entonces se acordó. El chalet. La habitación principal que le había cedido a Blake. La noche anterior, sin embargo, no había habido ninguna diferencia. En algún momento, mucho después de quitarse el sujetador navideño, Blake la había llevado a la habitación. Luego la había depositado cuidadosamente sobre la cama y habían practicado sexo. Maravilloso, impresionante, sensual sexo.

Ahora ya había pasado todo. La fría luz de la mañana le atravesó los ojos y se preguntó si aquella noche había sido un error o no. No tenía respuesta para aquella pregunta. Sencillamente no lo sabía. Así que se dio la vuelta y miró a Blake. Aun dormía, su respiración era profunda y regular. Cuidadosamente, levantó la mano, para acariciar el contorno de su rostro. Blake abrió los ojos lentamente y sonrió adormilado.

—Feliz Navidad —susurró ella.

—Feliz Navidad. —Estaba apoyado sobre un brazo y se frotaba los ojos. Entonces, la miró, con una tierna expresión en sus ojos— ¿Has dormido bien?

—Sí. Tal vez poco, pero eso no importa.

—Esta noche ha sido maravillosa —dijo él. Una cálida sensación la embargó y la envolvió como si fuera una manta calentita.

—Sí, ha sido maravillosa. Todavía está nevando —dijo ella, tratando de encontrar otro tema antes de hacer el ridículo y terminar pronunciando palabras tales como «amor». Porque ese era el problema. Se estaba

enamorado de Blake. Del hombre que no quería otra cosa que sexo sin compromiso y que, a pesar de todo, era tan cariñoso y estaba tan atento a su bienestar que le dolía solo de pensarlo.

Blake desvió la mirada de ella hacia la ventana.

—Parece que tendremos que pasar juntos las fiestas —dijo.

—¿Te parece bien?

—No puedo pensar en nada más hermoso que en pasar la Navidad contigo.

—Es la cosa más bonita que me has dicho hasta ahora.

—¿Estás segura? Recuerdo haberte colmado de cumplidos esta noche.

—Alargó la mano y le acarició la cara. Sus dedos se deslizaron sobre su piel, bajando del rostro al cuello y de allí a sus pechos. Aquel roce le provocó un hormigueo que se extendió a su vientre— Todos eran ciertos —dijo en voz baja.

—¿Lo eran?

—Sí. —Blake se inclinó sobre ella y la besó. Su mano se deslizó más abajo, hasta su ombligo. Allí lo detuvo Shelley, poniendo sus dedos encima de los de Blake.

—¿Qué tal si primero nos duchamos?

El baño estaba cubierto de una espesa bruma cuando salieron de la ducha. Shelley se envolvió en un albornoz. Su cuerpo brillaba literalmente, y eso no a causa del agua caliente, sino por lo que Blake le había hecho en la ducha.

Él se colocó a su lado, la atrajo hacia así y la besó en la boca.

—No me canso de ti —murmuró.

—Qué pena. —Ella le sonrió descaradamente— Tengo mucha hambre.

—De mí, espero —dijo, aun con aquella voz grave que dejaba traslucir su deseo.

—También. Pero primero necesito otra cosa.

—¡Mujeres! —Blake suspiró y dio un paso atrás— Nunca sacian su apetito.

—Es culpa tuya.

—Eso es lo que todas dicen. —Blake le cogió la mano— Ven. Cuanto antes comas algo, antes podremos ir a la cama.

—Para. —Colocándole una mano en el pecho, lo detuvo— Tengo que coger una cosa.

—¿El qué? Todo lo que necesitamos está en la cocina. Mallory ha comprado provisiones para alimentar a un ejército hasta las próximas fiestas.

—Deja que te sorprenda. Me vestiré y nos reuniremos en la cocina.
—Shelley entró en su habitación, se puso un par de pantalones vaqueros y una camiseta, que se ató en la cintura. Luego rebuscó en la bolsa que Greg había traído al chalet en la motonieve. No le llevó mucho tiempo encontrar lo que quería regalarle a Blake. Lo metió en un calcetín rojo de Navidad, fue hasta la chimenea y lo colgó allí. Después cruzó la habitación hacia la cocina y se dispuso a preparar el desayuno. Podía ver a Blake por encima de la barra americana. Parecía que hubiera echado raíces en el salón, se había quedado mirando la chimenea.

—¿Me compraste un calcetín de Navidad?

—Cuando lo compré, no sabía que era para ti.

—Guau. —Se pasó la mano por el pelo con un gesto nervioso— Ya sabes que no tengo nada para ti.

—Oye, no es gran cosa. En esencia, ni siquiera es un regalo de verdad. Espero que te guste. Un poco, al menos.

—Claro. Solo porque viene de ti. —Blake retiró cuidadosamente el calcetín del clavo. Luego se dirigió a la cocina aproximándose a ella, se sentó y desató el lazo. Al poco tiempo había liberado el árbol de Navidad en miniatura que Shelley había comprado poco después de cruzar la frontera. Se lo quedó mirando con una sonrisa.

—¿Me regalas el árbol de Navidad?

—Sí, porque estoy segura de que en Miami no habrá ni un solo adorno de Navidad, al menos no donde vives. Y eso es una pena. —Puso las manos en sus caderas y lo miró desafiante.

—Tienes razón.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿De verdad? Sé que no te gusta la Navidad.

—Si todas las fiestas fueran como esta, me encantaría. —Se levantó, se acercó a ella y la abrazó— Gracias.

Tenía que regalarle algo. Quería regalarle algo. ¿Pero qué? Pensativamente, miró a Shelley por encima del borde de su taza de café. Ambos se habían abalanzado sobre el desayuno. Huevos fritos con bacon y tostadas. Después

de aquella larga noche, ambos estaban hambrientos y por lo tanto no les llevó mucho tiempo dar cuenta de todo.

Shelley se levantó y alzó su taza en un gesto interrogativo. —¿Quieres más café?

—No, gracias.

Se dio la vuelta y se alejó de él, fue hasta la máquina y cogió la jarra que estaba sobre el calentaplatos. Él la miró mientras se servía, dejó que su mirada recorriera su cuerpo. Un cuerpo que conocía muy bien desde anoche. No sabía mucho de ella, pero al menos había descubierto lo que le gustaba en la cama. Como sonaba cuando tenía un orgasmo. Y luego estaba su profesión. Era algo más que un trabajo, eso era seguro, lo había comprendido mientras ella le contaba cómo había llegado a elegirla. La pasión en su voz. Su sentido de la justicia, que probablemente también provenía del hecho de que su madre había sido madre soltera. Después de que naciera, su padre había abandonado su casa y nunca más volvió a dejarse ver por la familia. Aun menos le había prestado ayuda económica a su madre.

Shelley no solo era apasionada en la cama, sino también en su profesión. Y había algo más que le entusiasmaba. Algo más que la llenaba de pasión. La Navidad. Le encantaba aquella fiesta, y por eso también intentaba «convertirlo», para que albergara de nuevo esos días en su corazón. Una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en el pequeño árbol de Navidad que ella le había regalado. De alguna manera ella había logrado despojarle de su aversión por aquella fiesta. Y de repente supo lo que iba a darle.

—¿Qué es lo que es tan gracioso? —le preguntó y se sentó a la mesa con su taza.

—Nada. Solo estaba pensando que te las has arreglado para convertir a un empecinado detractor de la Navidad en alguien que puede disfrutar de este día por primera vez en mucho tiempo.

—Espera a ver el menú que tengo planeado para hoy. Después de eso, desearás que haya Navidades todos los meses.

—¿Tan bueno es?

—¡Desde luego! Mi pechuga de pavo glaseada con jarabe de arce es famosa más allá de nuestras fronteras.

—Guau. Ya se me hace la boca agua.

—A mí también. Por eso empecemos ahora mismo a prepararla.

—¿En serio? —Miró su reloj de pulsera. Eran las diez de la mañana.

—La dejo en el horno cinco horas a temperatura baja. Con los

preparativos, son unas cinco horas y media. La cena estará lista por la tarde. Para entonces tendremos hambre de nuevo.

—Estoy seguro de eso. —Se inclinó sobre ella, rozándole suavemente los labios con la boca preguntándole sin pronunciar palabra. Ella respondió abriendo sus labios. El beso se hizo intenso, tan intenso que él se levantó y le tendió la mano— Creo que tendremos que aplazar la cena.

Ella colocó su mano en la de él y también se levantó.

—Buena idea.

Por alguna razón, no se saciaba de Shelley. Esta yacía durmiendo acurrucada a su lado. Entre tanto no solo habían tenido un sexo fenomenal, sino que también habían preparado la pechuga de pavo y la habían puesto en el horno. Luego, se habían metido en la cama para ver *La mujer del obispo*. Una vieja película de Navidad que incluso Blake conocía porque la había visto cuando era un niño. A Shelley no le costó mucho quedarse dormida. Su respiración regular hacía que su pecho subiera y bajara. Su pelo le hacía cosquillas a Blake debajo de la barbilla. Sin embargo, no se movió. Por el contrario, disfrutaba de su cercanía. La cálida sensación de su piel contra la suya. La confianza que había surgido entre los dos.

Estar de pie junto a ella en la cocina y preparar la cena era casi tan agradable como aterrizar con ella en la cama. Solo porque le hacía compañía, se reía con él, le contaba historias sobre su vida. Ahora sería un buen momento para ocuparse de su regalo, pero simplemente no podía desprenderse de ella. Solo unos minutos más y se levantaría, se sentaría frente a su portátil y crearía la lista de reproducción que quería regalarle.

Los minutos se convirtieron en una hora. Y, entonces, al fin, logró separarse, y solo porque Shelley se había apartado de él al darse la vuelta mientras dormía. Ahora podía levantarse sin despertarla, caminar tranquilamente por la habitación y sacar el portátil de su maleta. Luego se dirigió a la sala de estar. Allí lo recibió un irresistible aroma a vino tinto, canela y naranja. Shelley había preparado un ponche de Navidad. Blake se sirvió un poco en una taza, calentó la bebida en el microondas y se la llevó a la mesa de café donde había colocado su portátil. Luego se puso a trabajar.

El amanecer se cernía sobre el paisaje nevado que se observaba delante de sus ventanas. El fuego crepitaba en la chimenea. En el gran árbol de Navidad lucía la guirnalda luminosa, las bolas de colores brillaban en la tenue luz. *Silent Night*, cantada por Beyoncé, se propagó por la habitación. La mesa de comedor, que no habían utilizado antes, porque siempre habían comido en la cocina, estaba puesta para la fiesta con un mantel blanco, copas de vino relucientes, porcelana fina y velas. Y luego cómo olía. Si la Navidad se pudiera vender como perfume, aquella sería la fragancia elegida. Un olor a canela, pavo, manzana y especias de pan de jengibre, se extendía por toda la casa y hacía que a Blake se le hiciera la boca agua.

—Por una feliz Navidad. —Shelley levantó su copa de vino y brindó. Una sonrisa se dibujaba en su hermoso rostro.

—Por unas felices fiestas —respondió él. Brindaron, bebieron del caro vino y dejaron sus copas sobre la mesa. Luego se centraron en la comida. Estaba deliciosa. Shelley probablemente sentía lo mismo, porque se recostó en la silla con los ojos cerrados.

—Esto sabe tan bien —dijo abriendo los ojos y enderezándose— Es simplemente perfecto. No solo la comida, sino todo. Creo que esta es la Navidad más romántica que he vivido.

—La mía también —respondió Blake con una sonrisa.

—Eso lo tenía claro —respondió Shelley secamente—. No creo que tus fiestas navideñas de los últimos años hayan sido muy difíciles de superar. Pero las mías sí.

—Me alegro por ti. —Se dio cuenta de lo frío que había sonado— Toma, tengo algo para ti —dijo rápidamente y le puso el regalo envuelto en papel rojo delante.

—¿Tienes un regalo para mí?

—Sí. He estado preparándolo mientras dormías.

—No me lo esperaba. Gracias. —Shelley dejó sus cubiertos en un lado y desenvolvió el paquete. Al poco tiempo tenía un pendrive en la mano— ¿Qué hay en él?

—Una lista de reproducción.

—Tengo que averiguar de inmediato qué canciones me has grabado —Shelley se incorporó de un salto, se acercó al equipo de estéreo e introdujo el pendrive en la ranura correspondiente, luego subió el volumen. Sonó *Jingle Bells*.

—¿Canciones de Navidad?

—No es que se escuchan muy a menudo estas canciones —dijo sonriendo—. Por eso pensé que te gustaría. Elegí las canciones que escuchamos por el camino.

—¡Gracias! —Dando unos pocos pasos se puso a su lado y le dio un beso en la frente, luego se sentó. Su rostro estaba radiante, sus ojos brillaban. Blake la miró. Qué contenta se había puesto con aquel simple gesto. Por primera vez en su vida se dio cuenta de lo mucho que nos emocionamos cuando hacemos feliz a alguien que realmente nos gusta.

Después de cenar, cogieron sus copas de vino y se sentaron juntos frente a la chimenea. Shelley se acurrucó junto a Blake. Observaron cómo bailaban las llamas delante de ellos, cambiando de forma y trazando nuevos patrones una y otra vez.

—Nunca me habría imaginado que iba a estar tan a gusto —murmuró Shelley.

—Yo tampoco. —Blake le imprimió un beso en el pelo, la abrazó y la atrajo hacia sí.

—Me encanta tu regalo —le susurró ella al oído. El sonido de una canción navideña seguía flotando en el aire. Esta vez era *White Christmas*.

—A mí también me encanta tu regalo —dijo Blake. Una extraña sensación lo embargó, era casi como si no estuvieran hablando de regalos, sino de otra cosa.

—Me alegro. —Shelley reclinó su cabeza en el hombro de Blake—
Cuéntame más cosas sobre ti. No sé mucho, solo que no te gusta la Navidad.
¿A qué te dedicas?

—Soy abogado.

—Oh, ¿entonces eres uno de esos?

—Sí, uno de esos malvados abogados que no hace otra cosa más que sacarle el dinero a sus clientes.

—Eso no es verdad. Apostaría a que eres honesto y no quieres perjudicar financieramente a tus clientes.

—Tienes razón. No es así. Desgraciadamente, mi profesión ya no tiene muy buena reputación. —Dudaba, dudaba si debía decirle cuál era su especialidad. Pero luego recapacitó, ella podía aceptarlo o no— Soy abogado especialista en divorcios —admitió.

—¿Así que no tienes muy buena opinión del matrimonio?

—Al contrario. Tengo una buenísima opinión de esta institución, pero ayudo a aquellos que, por cualquier razón, ya no quieren vivir juntos.

—¿No te ha hecho ser más cínico con el tiempo?

—Un poco.

—¿Te casarías? —Shelley se apartó de él y le miró a los ojos. Lo miraba con una expresión seria— ¿U opinas que no hay que darle oportunidades al amor?

—No lo sé. Aun no he conocido a una mujer con la que quiera casarme. —Tan pronto como hubo concluido de hablar, comprendió su error. Una sombra cubrió el rostro de Shelley. Pero, luego, sin embargo, le sonrió.

—A mí me pasa lo mismo —dijo, pero algo en sus palabras sonaba como si no estuviera diciendo la verdad.

—Tal vez sea por tu trabajo. Te enfrentas a los aspectos negativos de una relación, como yo.

—Eso es cierto. Aun así, creo que el matrimonio puede ser algo maravilloso.

—Brindo por eso. —Blake levantó su copa, luego le dio un trago. Mientras el vino tinto corría por su garganta, supo que Shelley se estaba alejando interiormente de él. No se notaba físicamente, pero él percibió que ella ponía interiormente distancia entre ellos. Como si tuviera que protegerse de él. Y probablemente tenía razón.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, ya había luz. A través de los cristales de las ventanas podía ver la capa de nieve blanca y brillante, que cubría las laderas de las montañas y los árboles como una sábana de color claro. La nieve brillaba a la luz del sol como mil diamantes. Parecía como si sobre el mundo entero allí afuera una hada madrina hubiera esparcido todas sus joyas para crear un paisaje que parecía un cofre de tesoros.

Tuvo que sonreír. Normalmente nunca habría tenido pensamientos tan cursis. ¿Un hada? ¿Un paisaje encantado? Probablemente era porque había pasado el día de Navidad más bonito de su vida hasta el momento. No era en lo que solía pensar. En todos los años que habían transcurrido desde la muerte de su padre, siempre había relacionado la fiesta con el dolor. Con un acontecimiento que cambió toda su vida de golpe y convirtió la magia de la Navidad en una maldición.

Ahora había redescubierto aquella magia. Y eso solo porque había pasado el día con Shelley. El ambiente navideño en el chalet, los aromas de las galletas y la carne asada, los regalos que se habían intercambiado y las conversaciones que habían mantenido. Todo aquello era algo especial, algo que lo hacía emocionarse en cuanto pensaba en ello. Le hubiera gustado pasar aun más días con Shelley en aquella cabaña. Le hubiera gustado que hubiera nevado aun unas semanas más. Entonces habría tenido la oportunidad de superar la distancia que se había establecido entre los dos desde la noche anterior.

Tras aquella conversación, ella se había acostado y había dicho algo así como que estaba fatigada y necesitaba dormir. Pero él sabía exactamente lo

que pasaba. Sus palabras le habían hecho darse cuenta de que él solo buscaba una aventura. Pasar un par de horas agradables en una cabaña, alejado de su vida cotidiana. Solo una hora de trayecto en coche, y llegarían a la siguiente gran ciudad. La dejaría allí y no la volvería a ver.

Blake se incorporó para sentarse en la cama y se pasó las manos por la cara, luego, fue al baño a ducharse. Cuando después se dirigió con pasos pesados a la cocina, Shelley ya estaba de pie junto a la cocinilla. Le llegó un olor a bacon asado y a café.

—Buenos días, estoy preparando el desayuno —dijo Shelley y le sonrió. Como si todo fuera bien.

—Gracias. Eso es genial.

—Siéntate. El café estará listo enseguida. —Señaló una silla al lado de la barra americana de la cocina. Obedientemente, se dejó caer en la silla. ¿Trataba de hacerle sentir culpable a base de pura amabilidad? Si era así, su estrategia funcionaba.

—Ya no nieva —comentó él precavidamente, porque a pesar de que ella sonreía, tenía la sensación de que se movía sobre un terreno plagado de minas.

—Parece que hoy mismo podremos irnos. —Ella se acercó a él, colocó una jarra de café sobre la mesa y se sentó frente a él.

—Sí. Yo también lo creo.

—Greg nos recogerá por la tarde. Acabo de recibir un mensaje de WhatsApp suyo. Ha parado de nevar y ya están trabajando para despejar las carreteras. Greg espera que lo estén a mediodía.

—Eso está bien. Muy bien —dijo, aunque sus sentimientos decían otra cosa. Le susurraban que debía prolongar su estancia con Shelley en aquella cabaña.

—Me alegro de que por fin vaya a regresar a casa y pueda finalmente entregarle a Lila el dinero.

—¿Qué pasa con Tyrone? ¿Y si te está esperando allí?

Shelley sacudió la cabeza.

—No creo que lo haga. En Estados Unidos, las leyes son diferentes a las de Canadá. Aquí puedo meterlo en la cárcel por no pagar durante años la manutención de su hijo. No se atreverá a cruzar la frontera. Además, le enviaré un correo electrónico. Tengo fotos del dinero en su caja fuerte. Había al menos un millón de dólares en efectivo. No creo que quiera arriesgarse a presentar una denuncia ante el IRS. Y eso es exactamente lo que yo haré si no

me deja en paz.

—¿De verdad crees que eso será suficiente?

—Sí. Confía en mí, conozco a esa clase de hombres.

—Sin embargo, tal vez deberíamos quedarnos aquí un poco más. Un par de días. Podrías enviarle este e-mail a Tyrone y esperar a ver cómo reacciona.

—Quiero irme a casa. —Ella lo miró con aquella precisa tranquila mirada que indicaba que era inútil discutir. Era justo lo que él se había supuesto. Todo había acabado.

El viaje a Waterville transcurrió la mayor parte del tiempo en silencio. Shelley encendió la radio. Ya no sonaban apenas canciones de Navidad, en su lugar, se emitían los últimos éxitos musicales. Ella respondía con monosílabos a sus esfuerzos por iniciar una conversación. Al fin se dio cuenta de que era inútil intentarlo.

Llegaron a Waterville más rápido de lo que le habría gustado, la dejó en la parada del autobús. Había descartado su plan de comprar un coche o alquilarlo. Estaba segura de que ya no debía preocuparse por Tyrone.

Blake la acompañó a la estación de autobuses y se quedó con ella hasta que se subió al autobús que la llevaría a Boston. Cuando descubrió adónde iba, se ofreció a llevarla. Pasaría por Boston camino de Miami, pero ella no quiso. Obviamente, no podía esperar a librarse de él.

Y de repente se había quedado solo, se dirigió a su Porsche, se sentó y dejó el motor encendido. El familiar murmullo del motor no lo llenó de felicidad ni despertó en él ninguna otra emoción. La sensación de vacío era demasiado fuerte. En lugar de alegrarse porque pasaría el resto de sus vacaciones tranquila y recogidamente, esta perspectiva solo le hacía sentir rechazo. Sentarse en su apartamento de Miami a ver una película tras otra. ¿Esa era su idea de pasarlo bien?

Sacudió la cabeza. Su vida era más miserable de lo que pensaba, si eso era todo lo que se le ocurría. Tuvo la tentación de dar media vuelta y pasar el resto de la semana en el chalet. Pero tampoco tenía ganas de hacer eso. Quedarse solo en el lugar en el que había vivido días tan bonitos. Eso sonaba más a una tortura que a algo que realmente querría hacer.

Entonces, a Miami, sí.

Introdujo su destino en el GPS y partió. Recorridos un par de metros, apagó la radio. No importaba la canción que sonara, le recordaba a Shelley. Ya fuera porque la habían escuchado juntos o porque no lo habían hecho.

Pronto se dio cuenta de que no era por las canciones, es que no lograba desterrar a Shelley de sus pensamientos. Qué obstinada era, maldita sea. Sobre todo porque no quería tener nada que ver con él.

Tras recorrer un centenar de kilómetros, consideró seriamente la posibilidad de parar en Boston.

Siguió conduciendo.

Doscientos kilómetros. Boston se hallaba ante él. Una gran ciudad, como Miami. Realmente no le importaba en qué ciudad recluirse en un apartamento de lujo. Sin embargo, pasó de largo.

Trescientos kilómetros. La idea era completamente absurda. Ni siquiera tenía su dirección.

Cuatrocientos kilómetros y una llamada telefónica al detective que su bufete contrataba habitualmente. Ahora tenía su dirección.

Quinientos kilómetros. Necesitaba café y un plan. Un nuevo plan.

Cuando llegó a Boston, estaba completamente agotado. Había viajado setecientos kilómetros solo para pasar primero de largo por la ciudad y luego dar la vuelta para regresar. Era una idea bastante estúpida, estaba seguro de que lo era. Shelley no había querido ir hasta allí con él. No. Había preferido subirse a un autobús, que probablemente tardaría el doble de tiempo, antes que pasar más tiempo con él. Si esto no indicaba que no estaba interesada en él, no sabía que otras señales necesitaba. Sin embargo, allí estaba.

Lanzó su maleta sobre la cama y se acercó a la ventana. Entre tanto, ya había oscurecido. El Boston Common, el parque urbano más antiguo de los Estados Unidos, se erguía sumido en la oscuridad ante él. Solo unas cuantas farolas le proporcionaban una débil luz. En algún lugar de aquella enorme ciudad estaba Shelley. ¿Estaba tan sola como él? ¿O lo primero que había hecho era ir a visitar a sus parientes? ¿O a su cliente para darle el dinero?

Encogiéndose de hombros, se apartó de la ventana. Luego sacó su portátil. Era hora de averiguar dónde estaba la calle en la que vivía Shelley.

Transcurrió un día. Luego otro más.

Mientras tanto, ya había pasado varias veces por el edificio de apartamentos en el que Shelley tenía alquilado uno de tres habitaciones. Siempre con la esperanza de verla. A esas alturas, se sentía como un acosador. No era una sensación agradable, porque no podía explicar la extraña atracción que ella ejercía sobre él. Solo sabía una cosa, tenía que verla. Tenía que intentar hablar con ella y convencerla de que le diera la oportunidad de comenzar una relación con él. Si no lo lograba, la dejaría en paz. Regresaría a casa, se concentraría en su trabajo y olvidaría aquel episodio de su vida.

Cogió el vaso de papel que tenía en la mesa que se hallaba delante de él y le dio un trago. No lejos del apartamento de Shelley había una cafetería. Había estado allí sentado durante media hora tratando de averiguar cómo proceder. Trataba de dar con las palabras que emplearía para convencerla.

Todo lo que se le ocurría era una mierda. No iba a caer de rodillas delante de ella ni a confesarle su amor eterno.

No, necesitaba otro plan. Uno que la convenciera de lo en serio que hablaba, sin hacerlo parecer un completo idiota.

Volvió a beber. Mientras la bebida caliente le quemaba la garganta, llegó a la conclusión de que no se requería ningún plan. Solo tenía que seguir adelante. Tocar al timbre y esperar a que se le ocurrieran las palabras adecuadas. Pero, primero, necesitaba un regalo.

—Deberías tener más cuidado. No tuve ningún problema para averiguar tu dirección.

—¡Blake!

Allí estaba apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola. Con una expresión sombría en su cara, como si fuera culpa suya que se hallara allí.

—¿Por qué has tardado tres días? —preguntó y abrió la puerta del apartamento.

—Porque tenía la impresión de que te estaba acosando. —Sin esperar una invitación, entró en el apartamento detrás de ella.

—Siéntete como en tu propia casa —dijo, tratando de no dejar traslucir la felicidad que la embargaba como una corriente cálida y brillante desde que lo había visto. Incluso el corazón le había dado un brinco en el pecho al verlo.

—Qué bonito lo tienes todo. —Estaba de pie, en el salón, con las manos en los bolsillos de sus pantalones, y miraba a su alrededor.

—¿Realmente te gusta?

—Sí, o no lo habría mencionado.

—Te había tomado más bien por un tipo de muebles de diseño. Al que solo le gustan los muebles cuando son blancos y cuando menos hay de ellos en una habitación.

Blake sonrió.

—Así es mi casa. Eso no significa que no me guste tu decoración. Al contrario, resulta acogedora, en mi casa parece que uno se hubiera perdido en la exposición de una tienda de muebles. —Se sentó en el sofá rojo flanqueado

también por sillones rojos. Sobre el suelo de madera marrón claro, había una alfombra marrón oscuro. Blake tenía razón, resultaba acogedor, al menos así lo sentía. Ella también sentía debilidad por los colores, pero él seguramente, ya se había dado cuenta de ello.

—¿No quieres quitarte la chaqueta? —preguntó ella cortésmente, aun sin saber a ciencia cierta por qué estaba allí.

—Sí, por supuesto. —Se quitó la chaqueta y sacó algo de uno de los bolsillos. Luego se lo tendió a ella. Una pequeña caja lacada en rojo con un lazo dorado rodeándola.

—¿Para mí? ¿Un regalo?

—Sí.

—Pero ya me has regalado algo por Navidad.

—Quería darte otra cosa. Algo especial. —La miró. Había dudas en su mirada, como si no estuviera seguro de que ella fuera a aceptar el regalo.

—Gracias. —Ella le cogió el paquete. Y la chaqueta. Cuando la hubo colgado, regresó a la sala de estar y se sentó frente a él. Shelley eligió el sillón situado al otro lado de la mesa de centro. No quería sentarse junto a Blake, su cercanía ya era bastante turbadora.

Sus manos temblaron un poco al tirar del lazo. Su corazón latía apresurado por la emoción. ¡Blake estaba allí! Aunque no sabía lo que significaba su presencia, a su mente acudían innumerables pensamientos. Todos ellos demasiado optimistas.

—¡Qué bonita! —susurró al ver lo que le había traído. Sacó con precaución la pequeña bola de nieve de la caja. Una cabaña en las montañas, rodeada de un paisaje invernal. De la chimenea de la cabaña de madera ascendía el humo, que parecía engañosamente real. Sacudió la bola. Inmediatamente comenzó a caer nieve.

—Blake, esto es precioso. —Ella lo miró y notó como una lágrima se le escapaba de los ojos.

—Pensé que sería un buen recuerdo de los días que pasamos en el chalet. —Hizo una pausa. Aparentemente, aquel hombre tan seguro de sí mismo no sabía qué decir— ¿Te gusta?

—¡Me encanta!

—Bien. —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Blake. El corazón de Shelley comenzó a latir con más rapidez. Golpeaba su pecho como si estuviera a punto de estallar. Respiró profundamente. Tenía que averiguar qué pretendía. Por qué estaba allí y le había traído un regalo para recordarle

el tiempo que habían pasado juntos.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó e intentó sonar lo más tranquila y sosegada posible.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Vienes a verme, me traes un hermoso regalo, ¿y no sabes por qué?

Blake suspiró.

—No me he expresado bien. Por supuesto que sé por qué estoy aquí. Lo que no sé es si tú... qué pensarás al respecto. O más bien, cómo reaccionarás.

—Se pasó la mano por el pelo— Estoy diciendo tonterías. Lo que quiero saber es si estás dispuesta a darle una oportunidad a una relación conmigo.

—¿Qué?

—Lo que has oído. ¿Debo repetir las palabras?

—No, no. Estoy un poco sorprendida.

—¿Y? ¿Cuál es tu respuesta?

—No lo sé, no estoy segura...

—De acuerdo, sabía que no debía haber venido. —Blake se incorporó de un salto y se dirigió al pasillo a grandes pasos.

—Blake, espera. —Shelley corrió tras él.

—¿Por qué? Obviamente has tomado una decisión y no quieres tener nada que ver conmigo.

—¿No puedes concederme un tiempo? Me pillas por sorpresa, me propones algo que no me esperaba en absoluto y esperas que te dé una respuesta en cuestión de segundos.

—Si supieras lo que quieres, tendrías una.

—¿Cómo puedo estar segura? Desde el principio dijiste que no querías una relación. Nada más que sexo sin compromiso. Nada de llamadas una vez nos separáramos. Ni mensajes de texto. Nada. Eso es lo que querías.

—Estaba equivocado, ¿de acuerdo?

—Así que ahora quieres algo más que sexo sin compromiso.

—Yo no he dicho eso. Te he preguntado si le darías una oportunidad a una relación conmigo.

—¿Una auténtica relación?

—Sí, por supuesto.

Por un instante, se quedaron mirándose el uno al otro. Poco a poco se desvaneció el enfado de Shelley. Veía que a Blake le ocurría lo mismo, porque su mirada se enternecía y era suave, como una caricia.

—Ven aquí. —La voz de Blake sonaba ronca. Ella, vacilando, dio un paso hacia él, luego otro. Hasta que estuvo cerca. Él colocó sus brazos alrededor de los hombros de Shelley y la atrajo hacia sí. Tan cerca que Shelley podía sentir los latidos de su corazón.

—Te he echado de menos —le susurró en el pelo— Apenas habías subido en aquel autobús cuando tuve que luchar contra el deseo de sacarte de allí a rastras. Y luego seguí conduciendo y pasé por Boston preguntándome si debía parar y esperarte. Sin embargo, seguí conduciendo. Cada kilómetro que recorría alejándome de ti, se libraba una batalla en mi interior. Quería volver contigo, pero al mismo tiempo era demasiado cobarde para admitirlo. Sin embargo, se impuso la nostalgia que sentía por tu causa.

—Me alegro —dijo ella en voz baja— Me alegro de que hayas dado la vuelta.

—¿En serio? —La apartó suavemente de él para poder mirarla a los ojos.

—Sí, en serio.

Él bajó la cabeza y la besó. Fue un beso cauto, un ligero roce de sus labios sobre los de ella. Shelley se apretó contra él, se puso de puntillas y profundizó el beso. El deseo la arrollaba como una ola. Quería más. Mucho más.

En algún momento se separaron el uno del otro. Shelley colocó la cabeza en el pecho de Blake. Este le acarició suavemente el pelo. Por primera vez en mucho tiempo, Shelley sentía que estaba exactamente donde debía estar. En sus brazos. Levantó la cabeza y lo miró. Tenía que decirle cómo se sentía, si él sentía lo mismo, aunque ella ya sabía la respuesta.

—Me he enamorado de ti en Eustis —le confesó. Luego sonrió. —Para ser sincera, mucho antes. Creo que fue cuando viste el árbol de Navidad en el salpicadero y hubieras preferido derribarlo, pero solo por mí, lo dejaste donde estaba.

—Yo me enamoré de ti mucho antes incluso. Exactamente en el momento en que vi tus ojos bajo aquel enorme gorro rojo de Navidad. En ese preciso instante me ocurrió.

—¿En serio?

—Sí.

Ella se echó a reír.

—Sabía que te gustaba la Navidad.

—Ahora sí. —Volvió a atraerla hacia sí— Pero tú aun me gustas más.

Copyright: Birgit Kluger, 2017

Cover: Marie Wölk